



# UNIVERSIDAD MICHOCANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

FACULTAD DE FILOSOFÍA

“Dr. Samuel Ramos Magaña”



## **LO ATROZ EN HANNAH ARENDT:**

### **Un estudio sobre la banalidad del mal**

Tesis que para obtener el grado de:

**LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

Presenta:

**ROGELIO RANGEL GUERRERO**

Asesora:

**DRA. ADRIANA SAENZ VALADEZ**

Enero 2023, Morelia, Mich., México

# INDICE

AGRADECIMIENTOS	4
RESUMEN Y ABSTRACT	5
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1: LA RECONSTRUCCION DE HANNAH ARENDT	13
1.1 El Ejercicio del Mal	13
1.2 La Pasión del Antisemitismo	18
1.3 Arendt y su Monstruo	23
CAPITULO 2: PRIMER ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE BANALIDAD DEL MAL: DIMENSIÓN EXISTENCIAL	29
2.1 La dimensión existencial de la banalidad del mal: el totalitarismo	29
2.2 El Mal Radical	33
2.3 La Insistencia de Arendt	38
CAPITULO 3: SEGUNDO ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE LA BANALIDAD DEL MAL: DIMENSIÓN ONTOLÓGICA	46
3.1 Secretos en la Idea del Mal	46
3.2 Frente a dos Males en el “Ser” Necesario	52
3.3 La Banalidad del Mal	56
CONCLUSIONES	62
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	65

## Agradecimientos

Quiero agradecer atentamente a todos mis profesores que durante la carrera me ayudaron a comprender mejor los distintos temas que estudiamos y las diferentes problemáticas filosóficas que suscitaron la reflexión. Especialmente quiero agradecer a mi asesora, la Dra. Adriana Sáenz, quien me ha orientado oportuna y puntualmente este proceso que, pese a la complejidad que implica, sus observaciones lo han hecho más simple y eficiente. Así mismo, a mis sinodales, el Mtro. Carlos Bustamante y el Dr. Emiliano Mendoza por su tiempo, por sus observaciones con las cuales he podido enriquecer mi trabajo.

## Resumen

En esta tesis se llevará a cabo una aproximación a la concepción que tiene Hanna Arendt sobre lo atroz, a partir principalmente de sus planteamientos en la obra de *Eichmann en Jerusalén*, y el problema de la banalidad del mal. Para ello desarrollaré tres capítulos: 1) La reconstrucción de Hannah Arendt, donde abordaré en qué consiste el ejercicio del Mal en relación con la pasión del antisemitismo y el monstruoso caso de Eichmann. 2) Un primer acercamiento al problema de la banalidad del mal en su dimensión existencial, ejemplificada en el totalitarismo, el mal radical y la insistencia de Arendt sobre la importancia de estudiarlo para comprenderlo mejor. 3) Un segundo acercamiento al problema de la banalidad del mal, ahora desde su dimensión ontológica, donde analizaré específicamente los secretos en la idea del mal, en relación con los dos males en el ser necesario (el mal radical y la banalidad del mal) para centrarme finalmente, con base en todo lo anterior, en la realización de un concepto más completo de la posición arendtiana sobre la banalidad del mal.

Palabras clave:

Atroz, Banalidad del Mal, Eichmann, Totalitarismo, Hanna Arendt

## Abstract

In this thesis I will carry out an approximation to Hanna Arendt's conception of the atrocious, based mainly on her approaches in Eichmann's work in Jerusalem, and the problem of the banality of evil. For this I will develop three chapters: 1) The reconstruction of Hannah Arendt, where I will address what the exercise of Evil consists of in relation to the passion of anti-Semitism and the monstrous case of Eichmann. 2) A first approach to the problem of the banality of evil in its existential dimension, exemplified in totalitarianism, radical evil and Arendt's insistence on the importance of studying it to better understand it. 3) A second approach to the problem of the banality of evil, now from its ontological dimension, where I will specifically analyze the secrets in the idea of evil, in relation to the two evils in the necessary being (radical evil and the banality of evil) to finally focus, based on all of the above, on the realization of a more complete concept of the Arendtian position on the banality of evil.

Keywords:

Atrocious, Banality of Evil, Eichmann, Totalitarianism, Hannah Arendt

“El declinar de lo antiguo y el nacimiento de lo nuevo no es necesariamente una cuestión de continuidad; entre las generaciones, entre quienes por una u otra razón aún pertenecen a lo antiguo y quienes en su propia piel sienten llegar la catástrofe o han crecido ya con ella, la cadena está rota y un ‘espacio vacío’ emerge, una suerte de tierra de nadie en términos históricos, que sólo puede describirse con las palabras ‘ya no y todavía no’.” (Arendt, 2005b, p. 197).

## INTRODUCCION

Pensar en los tiempos del nazismo de un modo libre y puramente intelectual era todo un reto en los años oscuros de la Alemania de 1940. Sin embargo, para Hannah Arendt esto era más que una mera inquietud dentro de su mente, la cual albergaba una multitud de imágenes grotescas derivadas del contexto de resistencia totalitaria que tuvo que padecer: era una necesidad, parte de un compromiso intelectual con su tiempo. Arendt tiene frente de sí un abismo infranqueable al cual no puede eludir, por esa razón toma su pensamiento como el arma predilecta para hacer frente a esa real que se muestra ante ella con tanta crueldad. “Después de los horrores nazis un abismo se yergue ante nosotros. Un abismo que ha socavado los lazos de la tradición y hace imposible que ella venga en nuestro auxilio para afrontar la comprensión del presente” (Di Pego, 2007, p. 1).

Como un desafío que la llevó a discutir sobre los peores años del nazismo, fascismo y comunismo, nuestra autora, con lupa en mano, observó ciertas ideologías que amenazan con consumir los pilares de la civilización y la democracia en un acto de terror y minimización del ser humano. Hannah Arendt tenía esa habilidad para poder pensar de manera contundente, aún en los momentos más oscuros, por lo que dio muestra de ser una mujer sumamente valiente y excepcional. Nos dio un ejemplo de cómo la filosofía es una especie de alivio para escribir sobre los momentos más decisivos y complejos de la historia, donde pareciera haber una separación entre el hombre y su conciencia.

En este campo de la investigación filosófica, Arendt se ha convertido más que una potente intelectual, en una heroína de los años cuarenta. Sin embargo, esto traía consigo un riesgo monumental: era como cavar su propia tumba y sin remitente en las flores de los sepulcros que eran como fantasmas del día a día. Arendt dentro de su pensamiento tenía una fuerte recopilación sistemática de ciertas reflexiones filosóficas que siendo directamente o no, ella se ha preocupado por este problema

y no solo filosófico si no también político. Esto a pesar de que la misma autora reconoce que: “cuando era joven no me interesaba por la historia ni por la política” (Arendt, 2005a, p. 144).

Hannah Arendt dio a conocer su pensamiento a través de los acontecimientos suscitados en su época, de tal modo que las vivencias que ella misma experimentó fueron moldeando su manera de reflexionar acerca de la triste realidad y lo que más adelante le permitiría enfrentarse críticamente al juicio de Eichmann en Jerusalén. Esto nos muestra que el pensamiento tiene una faceta activa muy importante, ya que su desarrollo debe ir encaminado hacia la explicación de los problemas fundamentales de las sociedades, las causas de estos y las posibles soluciones que resulten más viables para una cierta mejora. En este sentido, el pensamiento nos sirve, por ejemplo, para pensar en el nazismo como un factor nocivo para la vida colectiva en general, algo análogo a una especie de cáncer silencioso que va destruyendo desde dentro del cuerpo hasta la última parte de la existencia misma.

Podemos decir que al establecer una posición con respecto al régimen nazi, Hannah Arendt abrió la “caja de pandora”, de la cual surgió un espectro maligno al que le dio la bienvenida en la más extensa intimidad y acogiéndolo con los brazos abiertos presentó a la hija mayor de su pensamiento: la llamada “banalidad del mal”.

Hannah Arendt se había percatado de que de alguna manera se tenía que vivir con esa “banalidad del mal” ya que pareciera que se adhiere a nosotros, es decir, puede llegar a normalizarse en nuestra cotidiana a tal punto que su presencia ya no nos inquieta. Incluso por medio de los acontecimientos históricos se está ahí presente, solo bastara lupa en mano para identificarla. “Lo más grave, en el caso Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales” (Arendt, 2000, p. 417). Ciertamente Arendt veía que este tipo de banalidad no se podría percibir si se tenía cierta falta de voluntad o incapacidad de ejercer el pensamiento propio e imborrable para tratar de entenderla.

El argumento del estudio de “la banalidad del mal”, no solo marcó diversas disputas intelectuales, sino que además propició una enorme influencia en el pensamiento contemporáneo, comenzando con su afilada crítica a la Modernidad, especialmente a su filosofía política. Para Arendt, “la modernidad ha traído consigo una de las condiciones que lo hacen posible: la total despreocupación de los hombres comunes y corrientes por los asuntos públicos para recluirse en la vida privada de sus familias” (Di Pego, 2007, p. 12). Esta especie de indiferencia política es lo que llevó finalmente a la Modernidad al totalitarismo, suelo fértil para la comisión de los llamados “delitos contra la humanidad”, aquellos que por sus proporciones, escapan a todo parámetro punitivo previsto con anterioridad.

La inteligencia artificial parecería hoy día una réplica contraargumentada respecto de la postura de Arendt sobre la importancia de hacer uso de un pensamiento práctico, ya que con ella parecería que justamente ya no tenemos que juzgarnos a nosotros mismos por nuestras acciones u omisiones políticas. Sin embargo, eso sería, desde luego, una manera más “sofisticada” que conlleva a la banalidad de un modo más patente. Pero ¿por qué es tan importante el pensamiento? Porque este “saca a la luz las implicaciones de las opiniones no examinadas y por lo tanto las destruye” (Arendt, 1998, p. 136). Una destrucción que posee también “un efecto liberador sobre otra facultad humana, la facultad del juicio, que se puede denominar, con algún fundamento, la más política de las capacidades mentales del hombre. Es la facultad de juzgar particulares, sin subsumirlos bajo reglas generales que se enseñan y se aprenden hasta que se convierten en hábitos que pueden ser sustituidos por otros hábitos y reglas” (p. 136).

Pensar por pie propio nos da esa pauta para decidir cómo queremos vivir o al menos tener una idea de esta y, por tanto, nos ayuda para hacer frente a los males del totalitarismo. “El pensamiento al poner en cuestión los criterios y las reglas establecidas, abre paso, a la facultad de juzgar que nos permite discriminar entre lo bueno y lo malo, entre lo bello y lo feo, sin apelar a las reglas dadas por el hábito” (Di Pego, 2007, p. 13). Por ello la autora tenía esa idea de que tenemos que ser

dueños de nuestra propia voluntad y por ende nadie puede irrumpir en nuestro espacio, ni en pensamiento, ni en tiempo, ni en forma.

El desgaste de la Europa moderna se reflejado, además, en el nacionalismo y las ideologías. Nuestra politóloga considera que de ahí proviene esa idea de las colectividades herméticas y coercitivas que son como la gangrena y que se consumen unas con otras, en favor de la defensa de una supuesta identidad nacionalista. En ese sentido, el nacionalismo que tanto enorgulleció a los habitantes de Alemania los orilló finalmente a tener ideas de purezas colectivas que hundan el pensamiento del hombre en el abismo de la banalidad del mal.

Los gobiernos totalitarios generalmente presumen como estandarte las condiciones favorables para que los ciudadanos puedan sentirse en casa, algo que para los judíos no sucedió, ya que su lengua, sus costumbres y toda su comunidad fue expropiada por un dictador que, impulsado por la crisis económica, la falta de identidad nacional y la lucha con el comunismo, llegó a tomar decisiones atroces. La línea histórica que marca un antes y un después en la tradición occidental, está trazada en el siglo XX, a partir de ahí lo que hay son unas hojas en blanco que se tendrán que escribir desde el pensamiento fraguado con las llamas del nazismo.

Si bien el siglo dio lugar a ilustres círculos de intelectuales, Hanna Arendt se destacó entre ellos como una de las más brillantes. Una prueba de ello que su crítica no se limita a cuestionar los peligros éticos y políticos que trae consigo la falta de pensamiento en su forma de banalidad del mal, sino que se enfoca también en cuestionar la forma de pensamiento como tal de la Modernidad para tipificarla como un modelo técnico que tiene como punto de partida casi insoslayable al individuo, lo que hace que se confundan entre sí, por ejemplo, la esfera política y la esfera moral de la vida humana. “[Los problemas morales] los distinguía analíticamente de las cuestiones políticas con el fin de evitar toda fundamentación de la política en lo subjetivo y poder ubicarla en el espacio *entre* los actores” (Estrada, 2007, p. 32). Básicamente, Arendt está señalando que no existe un individuo meramente en singular, sino que pertenece a un mundo que es palpable gracias a la coexistencia

de individuos plurales e interrelacionados de forma continua. Esta pluralidad y esta coexistencia condiciona, o debería condicionar, positivamente al pensamiento filosófico.

Arendt considera que el pensamiento filosófico debe estudiarse como fenómeno político articulado a partir de los siguientes elementos: la acción, el poder, la revolución, y la violencia. Esto es así porque, en palabras de la propia autora:

Donde quiera que los hombres viven juntos, existe una trama de relaciones humanas, que está, por así decirlo, urdida por los actos, y las palabras de numerosas personas tanto vivas como muertas. Toda nueva acción y todo nuevo comienzo cae en una trama de cosas ya existentes, donde, sin embargo, empieza un nuevo proceso, que afectará a muchos, incluso más allá de aquellos con los que el agente entra en contacto directo (Arendt, 1995, p. 105).

Se trata aquí ciertamente de una tarea del pensamiento aplicada a la teórica política a través de las experiencias y las acciones transcurridas como los minutos en el reloj de la pared. Del mismo reloj que los judíos no pudieron dar cuerda a su favor; de esos segundos surge el innumerable teniente coronel Adolf Eichmann. Pero tiempo al tiempo y se le llegó la hora al responsable de la llamada “solución final”: aquel “plan maestro” del régimen nazi, el cual consistía en trasladar a cientos de judíos a las famosas máquinas de terror para su inevitable exterminio. Por estos hechos Eichmann se refugió en Argentina, pero fue encontrado y llevado a Jerusalén, donde comenzaría la odisea de un juicio sin precedentes donde se le enjuiciaría por los “crímenes contra la humanidad” (Estrada, 2007, p. 33).

Hannah Arendt tuvo la oportunidad de ser quien cubriera dicho reportaje para el *New Yorker*, de esa manera dio testimonio del acusado más buscado de la época por protagonizar la maldad en carne viva como parte del régimen nazi. Para Arendt este personaje era como el terror hecho humano y a partir de ello desarrolló un gran estudio que vio la luz como una de las obras literarias más importantes de la autora: *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*. De este gran texto versará mi investigación para poder dar cuenta de por qué veo como un problema

demostrar la existencia del “mal radical” y su consecuencia que lo llevó a ser una “banalidad del mal”. El punto de partida será la pérdida del “mal radical” como ese pilar fundamental para presentar una propuesta existencial con la cual busco responder a la pregunta: ¿en qué momento dejamos de sentir? O ¿en qué momento dejamos de ser humanos?

En un caso hipotético, negar al “mal radical” me parece un sinsentido, puesto que se requiere una templanza casi de acero para poder negar la barbarie del siglo XX y con ello la existencia del mal como tal. Ahora bien, el proyecto de la “solución final” es muestra de ello y ha dejado marchita la posibilidad de hacer cualquier uso de la razón que no esté influencia directa o indirectamente de la atrocidad producto de la banalización del mal. No pueden existir caminos que conduzcan a la razón que no pasen por la concientización del mal radical. Incluso hablar de un concepto humanista de la razón debe suponer dicha reflexión, reconociendo que cualquier noción que se tenga respecto de lo humanitario o de “humanidad” estará muy lejos de los preceptos que Hitler hizo enraizar en su nacional socialismo.

Dicho esto, el tema que me interesa desarrolla en esta tesis es el problema de la banalidad del mal desde la perspectiva de Hannah Arendt planteada principalmente en su libro *Eichmann en Jerusalén*. Para ello desarrollaré tres capítulos: 1) La deconstrucción de Hannah Arendt, donde abordaré en qué consiste el ejercicio del Mal en relación con la pasión del antisemitismo y el monstruoso caso de Eichmann. 2) Primer acercamiento al concepto de banalidad del mal: dimensión existencial, donde desarrollaré la dimensión existencial de la banalidad del mal ejemplificada en el totalitarismo, el mal radical y la insistencia de Arendt sobre la importancia de estudiarlo para comprenderlo mejor. 3) Segundo acercamiento al concepto de la banalidad del mal: dimensión ontológica, donde analizaré específicamente los secretos en la idea del mal, en relación con los dos males en el ser necesario (el mal radical y la banalidad del mal) para centrarme finalmente y con base en todo lo anterior en la concepción arendtiana de la banalidad del mal.

## CAPÍTULO 1: LA RECONSTRUCCION DE HANNAH ARENDT

### 1.1 El Ejercicio del Mal

En este capítulo abordaré en qué consiste el ejercicio del Mal en relación con la pasión del antisemitismo y el monstruoso caso de Eichmann, con el objetivo de mostrar los primeros pasos de Arendt en la problematización de la banalidad del mal, problematización que constituye una deconstrucción de la idea clásica del mal, confrontada con la aparente normal de un individuo cuyos actos durante la Segunda Guerra Mundial, fueron totalmente inhumanos, pese a que estuvieron enmascarados de ejemplaridad moral.

En el texto sobre el juicio de Eichmann, la idea fundamental de Hannah Arendt gira en torno al problema de la “banalidad del mal”, la cual constituye una de las dos caras del horror provocado por los regímenes totalitarios. La otra cara de este fenómeno viene dada justamente por la idea de “mal radical”. Se trata de un estudio donde se explica el comportamiento de la maldad humana, misma que se da necesariamente a partir de la dualidad entre mal radical y la banalidad del mal, con sus respectivas relaciones. En esta investigación sostengo que Arendt ofrece en tal estudio ciertos argumentos que explican la necesidad de dicha dualidad para poder explicar tales horrores, apoyándose incluso de testimonios provenientes de algunos sobrevivientes del Holocausto. Si bien Arendt consideró el juicio de Eichmann como una especie de espectáculo mediático, también afirma que la maldad está presente de un modo patente en dicho personaje, de lo contrario no podrían explicarse los aberrantes sucesos suscitados por mandato del régimen nazi del que ocupó un cargo importante. No obstante, la forma en que se encarna el mal en dicho individuo no es la misma forma en la que lo haría el mal radical.

Durante el juicio de Eichmann, Arendt quedó existencialmente consternada al observar que el acusado no era un sádico, ni un psicópata, ni un fanático ideológico, sino que era un hombre normal, común y corriente, amoroso con su familia y un ciudadano fiel cumplidor de las leyes (Jerónimo y Leal, 2013, p. 101).

Efectivamente, la maldad es real. Pero ¿cómo una persona común y corriente como Eichmann fue capaz de enviar a millones de personas a su muerte?, se pregunta nuestra autora. El resultado de las acciones de Eichmann es, sin duda, prueba fehaciente de la existencia de un “mal radical”. Sin embargo, la “normalidad” del acusado refleja un vital contraste con ello, es decir, el perfil de este personaje no parece coincidir con el del sujeto “típico” al que se le consideraría como agente de dicha manifestación del mal. “Negociaron con Eichmann en Viena, e informaron que era un hombre educado, no el tipo gritón, y que incluso les proporcionó granjas e instalaciones para establecer campos voluntarios de adiestramiento de futuros inmigrantes” (Arendt, 2019, p. 93)

El estudio propuesto en la obra *Eichmann en Jerusalén* se destaca por plantear claramente esta ruptura entre lo que se esperaría tradicionalmente por un agente común del “mal radical”, con estos casos de sujetos “normales” que son capaces de cometer los mismos actos. Para distinguir un caso del otro, Arendt acuña la noción de “banalidad del mal”. Efectivamente, el pensamiento crítico que la autora propone al respecto, significa una ruptura precisamente con el modo en que la tradición occidental había considerado y tipificado al mal, inclusive en su instancia más radical.

La filosofía, la teología y la literatura nos han proporcionado distintas conceptualizaciones y personificaciones del mal. Tradicionalmente, se nos ha enseñado que el mal es un daño u ofensa producto de alguna intencionalidad pasional, o es una patología psiquiátrica que atenta contra la integridad de una persona o un grupo (Jerónimo y Leal, 2013, p. 101).

Arendt justamente practica el ejercicio de pensar como una actividad que surge de las experiencias ya que considera que estas son precisamente las que le dan sentido, ya que constituyen el objeto propio del pensar. Como politóloga crítica que fue, no siguió los clásicos caminos para hablar o debatir los fenómenos políticos; por el contrario, siempre fue mediante el ejercicio de un pensamiento independiente y libre, el cual llamó la atención de sus contemporáneos, aunque lograra desconcertarlos con sus planteamientos. Efectivamente, la metodología que emplea en su discurrir, rompe incluso con la propia tradición filosófica, ya que “no parte de construcciones metafísicas, sino de las experiencias y testimonios de los

sobrevivientes de los campos de concentración, y de los análisis sociológicos, históricos y culturales, para comprender la esencia de los regímenes totalitarios” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 101).

Los supuestos del totalitarismo y de cualquier movimiento político, no deben solo ser repetidos de un modo automatizado, sino que, por el contrario, para Arendt lo fundamental es ejercer críticamente el pensamiento con clara consciencia de las circunstancias existenciales que el mundo circundante plantea. “Cuando Arendt analiza los totalitarismos no realiza analogías con las categorías tradicionales de los regímenes políticos (como las de Charles Louis Montesquieu), sino que hace distinciones y delimita las características particulares de este tipo de acontecimientos” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 101). Solo a partir de ello se puede llegar a tener un permanente diálogo con su tiempo para reflexionar en favor del bien común.

Hannah Arendt tiene como punto de partida en su reflexión la llegada de un “ser malvado” a la escena pública que tiene como objetivo la dominación, a saber, el totalitarismo. Nuestra autora considera que:

[...]los regímenes totalitarios ejercen una nueva forma de dominación, que no solamente destruye la libertad de los ciudadanos al exterminar los espacios políticos de participación ciudadana, como en el caso de los despotismos o tiranías, sino que controla totalmente las instituciones culturales, las relaciones sociales y la esfera privada de los individuos, logrando el propósito de privar a la población de su identidad personal y moral. Tanto el Régimen Nazi como el Régimen Estalinista encarnan históricamente esta nueva forma de dominación extrema que Arendt denomina “Dominación Total”. (Jerónimo y Leal, 2013, p. 102).

Arendt aplica sus ideas a la vida pública, a la *vida activa*, cuyos terrenos son los propios de las masas, la acción, la democracia, la sociedad en general, donde incluso se da la violencia en su máxima expresión. Se trata de pensar los escenarios políticos de manera directa, tal como acontecen en la sociedad real.

Ahora bien, el terror totalitario transforma en realidad el mundo ficticio creado por la ideología para confirmarla y crear un movimiento arbitrario y permanente. La pensadora judío-alemana considera que el terror no

solamente es utilizado en las primeras fases del régimen para acabar con los opositores políticos, sino que también es utilizado para destruir “los enemigos contruidos por la ideología” y para asesinar a los ciudadanos de manera arbitraria. Así, el terror es la esencia de los totalitarismos y la ideología, su principio de acción (Jerónimo y Leal, 2013, p. 104).

El ejercicio del mal tiene su lado más oscuro de la modernidad derivado de los acontecimientos nazis que hasta el día de hoy se siguen cuestionando y estudiando sus alcances. Se trata de toda una infraestructura que fue capaz generar algo tanto terrible como lo es el Holocausto, cuyo espectro incluye las alianzas macabras entre la burocracia con la maldad de la humanidad en acción pura. Eichmann no contabilizaría las muertes en los campos de exterminio por el simple hecho de abrazar la irracionalidad del totalitarismo, dando la bienvenida a una ideología nunca vista por aquellos tiempos, aplaudiendo las perversiones de la política con un fondo cultural de tradiciones gnósticas que se daban en la modernidad y saludando con sombrero de seudocientíficos.

El sueño de Eichmann fue una increíble pesadilla para los judíos; en ningún lugar se deportó y asesino a tanta gente en tan poco tiempo. En menos de dos meses, 147 trenes sacaron del país a 434.351 personas, transportadas en vagones sellados, a razón de cien individuos por vagón; y las cámaras de gas de Auschwitz apenas pudieron dar abasto. (Arendt, 2019: 206)

Se trata de la era de la dominación totalitaria, cuyos brazos principales fueron los campos de concentración y exterminio. Todo totalitarismo busca eliminar la pluralidad y la espontaneidad humana. “La espontaneidad no puede ser enteramente eliminada mientras esté conectada no sólo con la libertad humana, sino con la misma vida, en el sentido de estar simplemente vivo. Sólo en los campos es posible semejante experimento” (Arendt, 2002, p. 653). El experimento macabro consistió nada menos que en suprimir la vida de las personas en su dignidad, cual si fuesen objetos arrojados a un agujero del olvido para nunca más dar noticia al exterior sobre su paradero ni sobre su condición.

El auténtico horror de los campos de concentración y exterminio radica en el hecho de que los internados, aunque consigan mantenerse vivos, se hallan más efectivamente aislados del mundo de los vivos que si hubieran muerto,

porque el terror impone el olvido. Aquí el homicidio es tan impersonal como la muerte de un mosquito. Cualquiera puede morir como resultado de la tortura sistemática o de la inanición o porque el campo esté repleto y sea preciso aniquilar el material humano superfluo (Arendt, 2002, p. 659).

Arendt nos encamina a cierta recuperación de lo público, del sentido y la dignidad política, llevado justamente como la actividad que constituye a la condición humana. La pregunta que habría que hacerse al respecto es: ¿Cómo aplicar el pensamiento para interpretar el ejercicio del mal con base en todas las experiencias vividas en la barbarie más grande de la historia, pero sobre todo en qué parte del pensamiento encajaría nuestro mundo, es decir, dónde podemos insertar las ideas en nuestro *estar en el mundo* después de semejante suceso? La razón de esta pregunta radica en la necesidad lacerante de cuestionarnos ahora cómo es que vamos a poner en marcha el pensamiento frente algo que hace que, en tanto humanidad, se nos caiga la cara de vergüenza de haber sido capaces de llegar a cometer los unos contra otros. Era tan absurda la función “laboral” de los campos construidos por los nazis para los judíos que la única explicación es que su sentido consistía en deshumanizar a quienes ahí eran sometidos. Al respecto, Olga Lengyel (una médico rumana que sobrevivió al Holocausto) señala lo siguiente:

Auschwitz era un campo de trabajo, pero Birkenau era un campo de exterminación. Sin embargo, había unos cuantos comandos de trabajo en Birkenau, destinados a distintas tareas manuales. A mí se me obligaba a participar en el trabajo de muchos de aquellos grupos de cuando en cuando (...) Había algunas tareas totalmente inútiles. Estábamos seguras de que había sido algún loco quien las había ideado, con el objeto de volver locos a todos los demás. Por ejemplo, se nos ordenaba trasladar a mano un montón de piedras de un lugar a otro. Cada internada debía llenar hasta el borde dos cubetas. Renqueábamos con ellas varios centenares de metros y las vaciábamos. Teníamos que llevar a cabo aquella tarea estúpida, con todo cuidado. En cuanto había desaparecido el montón de piedras, respirábamos a nuestras anchas, con la esperanza de que ahora nos obligarían a hacer algo más puesto en razón. Pero, puede imaginarse el lector lo que sentíamos cuando se nos mandaba volver a coger las piedras y cargarlas otra vez hasta su lugar de origen. No cabía duda: nuestros amos querían repetir en nosotros el clásico tormento de Sísifo. En ocasiones, teníamos que cargar ladrillos y hasta barro, en lugar de piedras. Estas tareas no tenían, por lo visto, más que un objeto: quebrantar nuestra resistencia física y moral, y hacernos candidatas para las «selecciones» (Lengyel, 2010, p. 138).

El “mal radical” tiene un principio y un fin, es estar políticamente en el mundo y no estarlo a la vez. Esto nos muestra que todo aquello que a la maldad se le pueda atribuir, incluso lo más grande y atroz, logrará plasmarse en la realidad contemporánea misma. Esto explica la existencia de alguien como el mismo Eichmann. Lo acontecido en tales circunstancias es totalmente impensable en un escenario cotidiano y, sin embargo, acontecieron. “No existen paralelos para la vida en los campos de concentración. Su horror nunca puede ser abarcado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y de la muerte” (Arendt, 2002, p. 660).

Frente a esto, ¿podría haber alguna objeción en cuanto a hacer filosofía sobre la “banalidad del mal? Es decir, ¿existen elementos filosóficos para ello? Se podría decir que en este extenso estudio de la banalidad se puede echar lupa sobre su alto contenido filosófico/racional, esto es ensamblado con el carácter antropológico/filosófico, que le da ese matiz a la escritura arendtiana.

## 1.2 La Pasión del Antisemitismo

El terror totalitario provocado por la Gestapo dio pauta para que Arendt tomara un papel mucho más importante que el de ser una mera espectadora y convirtió la palabra en acción, o mejor dicho, el pensamiento dejó de ser un mero ejercicio teórico y se convirtió, por medio de su pluma, en un pensamiento activo. No importando que la misma Gestapo empezara a sospechar de ella y que incluso fuera arrestada en su momento, Arendt se mantuvo de pie. Organizó sus ideas después del exilio y tomó un ritmo de vida diferente, pues sus costumbres y su cultura en general cambiaron totalmente para dar pie a la construcción de nuevos cimientos para su pensamiento.

El antisemitismo y la xenofobia engalanan las calles de Europa, como algo que pretendía instaurarse en la normalidad; pero para Arendt, esto sería razón suficiente para suscitar el despertar de una conciencia política renovada, es decir, pasó de lo personal a lo político, de lo privado a lo público. Esto porque para la autora se trataba

de una realidad que la involucraba directamente, era, por así decirlo, parte de ella, asumiendo la responsabilidad de un problema completamente político. Dicho problema tiene que ver con lo que se llama como ideología.

Una ideología es muy literalmente lo que su nombre indica: la lógica de una idea. Su objeto es la Historia, a la que es aplicada «la idea»; el resultado de esta aplicación no es un cuerpo de declaraciones acerca de lo que algo es, sino el despliegue de un proceso que se halla en constante cambio. La ideología trata el curso de los acontecimientos como si siguieran la misma «ley» que la exposición lógica de su «idea». Las ideologías pretenden conocer los misterios de todo el proceso histórico –los secretos del pasado, las complejidades del presente, las incertidumbres del futuro– merced a la lógica inherente a sus respectivas ideas (Arendt, 2002, p. 694).

En una ideología se pueden identificar los preceptos raciales y saber cuál es su objeto frente al cual se emplea cierta exclusión y una conducta totalmente discriminatoria. “La ideología totalitaria es una cosmovisión que pretende explicar la realidad y la historia a partir de verdades absolutas” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 103). Arendt trataba de entender la política de los nazis y vio en el adoctrinamiento ideológico una de sus principales armas, pues junto con el terror que constituye su esencia, configuran el principio de acción de los totalitarismos. “El adoctrinamiento ideológico se produce gracias a la creación de un partido único de masas, gobernando por una élite que controla todas las esferas de la vida social y política, y que hace un uso eficaz de la propaganda” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 104).

Las leyes de Núremberg constituyeron cierta legalidad para la ideología antisemita de los nazis. “La ideología totalitaria contiene una serie de “leyes coherentes” de las cuales se derivan directivas de acción, cuya legitimidad se halla fundada en la ley de la Historia o la ley de la Naturaleza” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 104). Su determinación de la pureza de su sangre, las clasificaciones alemán/judío, que llevaron a fomentar dos de las leyes claves del nazismo: *ley para la protección de la sangre y el honor alemanes* y *ley de la ciudadanía del Reich*. Esto nos conduce, por un lado, a la creencia en la existencia de valores que puedan ser reconocidos por un comportamiento moral que se orienta a la formación de excelentes seres humanos: “el súper hombre”. Arendt nos da un ejemplo muy claro al respecto:

El sistema ruso es superior a todos los demás, se transforma en un elemento totalitario cuando el gobernante extrae la conclusión lógica de que sin este sistema las personas no podrían construir algo maravilloso, como por ejemplo, un metro. Por ende, si alguien conoce el metro de París se le considera una persona desleal a la ideología estalinista, ya que puede hacer dudar a la población rusa de que ellos construyen cosas maravillosas. Así, un estalinista leal debe destruir el metro de París para ser consecuente con la ideología (Arendt, 2002, p. 679).

En ese sentido, la realidad que Eichmann percibía como tal, estaba articulada a partir de una serie de valores, conceptos y métodos, cuyo conjunto era tenido por él como un conocimiento verdadero, interiorizado ya en su propia alma. Supongamos que ese conocimiento en el teniente coronel es una verdad racional, o, si se quiere, su verdad a priori.

Eichmann declaró repentinamente, y con gran énfasis, que siempre había vivido en consonancia con los preceptos morales de Kant, en especial con la definición Kantiana del deber, dio un primer indicio de que tenía la vaga noción de que en aquel asunto había algo más que la simple cuestión del soldado que cumple órdenes claramente criminales, tanto en su naturaleza como la intención dadas. (Arendt, 2019, p. 199)

La realidad racional en la que Eichmann vivía como un ciudadano ejemplar y su aparente perfección no debe oscurecer nuestra mirada respecto a su innegable imperfección dada por la manifestación del mal radical en sus acciones. Desde luego que la maldad no debería aspirar a una mayor perfección de sí misma, ya que esta última solo estaría reservada a la procuración del bien y a la preservación de la vida digna. Pese a esto, Eichmann, consciente o no de la repercusión real de sus acciones, colaboró en la consecución de los objetivos que se había planteado el régimen totalitario como parte de su adoctrinamiento ideológico de la población. Pues, finalmente, “el terror totalitario transforma en realidad el mundo ficticio creado por la ideología para confirmarla y crear un movimiento arbitrario y permanente” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 104). Negarlo, no quitá realidad, por así decirlo, a la formación de los campos de concentración y sus malvadas intenciones<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Me parece muy interesante destacar esta autoproclamación de Eichmann como kantiano por la siguiente razón. Básicamente asume que sus acciones genocidas estuvieron sustentadas en los principios kantianos de la moralidad. Esto implica que, según él, estos principios establecían que su deber moral le dictaban acatar incuestionadamente la ley. Dicho de otro modo, su deber moral

“Los totalitarismos y el terror de sus campos de concentración se convierten en fenómenos únicos y sin precedentes, que no se pueden explicar como la consecuencia necesaria de algún proceso histórico o como analogías de otros regímenes políticos” (Jerónimo y Leal, 2013, p. 106-107). Pero ¿valdrá la pena aceptar y rescatar esa experiencia? Los fenómenos políticos son también parte de esa experiencia y por ende la experiencia en los campos de concentración no quedan exentas de ella. Decía Arendt que al ser dada a conocer la noticia en aquella época sobre lo ocurrido en Alemania, se generó una apertura abismal que puso a reflexionar sobre algo que nunca debió de haber sucedido.

Parte de su trabajo era recaudar información a profundidad y documentar lo analizado con respecto a los regímenes totalitarios y esto le trajo conceptos como: “antisemitismo”, “imperialismo”, “racismo”, que dentro de su ejercicio de reflexión la hizo comprender la situación que ocurrió en el Holocausto conciencia que tendrá que enfrentar la realidad de los efectos del régimen nazi. Con ello logró responsabilizar a aquellos colectivos con tintes morales y políticos que se efectuaban en la misma Alemania y que formaban la llamada “respetable sociedad europea”, de sumergirse en el silencio ante una barbarie sin frenos.

Hannah Arendt sabía combinar la filosofía con la acción política en las condiciones de la vida moderna, convirtiendo esto en una esperanzadora actividad humana. Arendt relaciona esa pasión del antisemitismo con la violencia totalitaria, la cual funge como la chispa que da lugar a un gran incendio.

El antisemitismo (no simplemente el odio a los judíos), el imperialismo (no simplemente la conquista) y el totalitarismo (no simplemente la dictadura), uno tras otro, uno más brutalmente que otro, han demostrado que la dignidad humana precisa de una nueva salvaguardia que sólo puede ser hallada en un nuevo principio político, en una nueva ley en la Tierra, cuya validez debe alcanzar esta vez a toda la Humanidad y cuyo poder deberá estar estrictamente limitado, enraizado y controlado por entidades territoriales nuevamente definidas (Arendt, 1998, p. 5).

---

implicaba una obediencia ciega respecto de las órdenes de sus superiores nazis de conducir a millones de personas a su muerte (Melendez, 2019).

Por lo tanto, se puede deducir que desde un inicio se anuncia la llegada del “mal radical”. Respecto a esta noción, Arendt entiende lo siguiente:

Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable que ya no puede ser comprendido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder y la cobardía [...] Es inherente a toda nuestra tradición filosófica el que no podamos concebir un «mal radical», y ello es cierto tanto para la teología cristiana, que concibió incluso para el mismo Demonio un origen celestial, como para Kant, el único filósofo que, en término que acuñó para este fin, debió haber sospechado al menos la existencia de este mal, aunque inmediatamente lo racionalizó en el concepto de una «mala voluntad pervertida», que podía ser explicado por motivos comprensibles. Por eso no tenemos nada en que basarnos para comprender un fenómeno que, sin embargo, nos enfrenta con su abrumadora realidad y destruye todas las normas que conocemos (Arendt, 2002, p. 680-681).

El reportaje de Arendt en Jerusalén dio un cierto descontento entre la comunidad judía que esperaba leer quién y cómo era la maldad echa hombre, cómo era su descripción de un psicópata enfermo de ambición, pero solo encontraron la ridiculización de un hombre que ni si quiera podía pensar por sí mismo, alguien “normal” y sin ninguna especie de posesión demoniaca. En ese intento por decir que el antisemitismo era glorificado por las masas colectivas, pareciera que daba más miedo los juicios de las víctimas que por vez primera serian escuchadas sus voces ante un tribunal y dar cuenta del funcionamiento de las máquinas de terror del régimen nazi.

Ahora bien, para Arendt, la noción de “mal radical” no es racionalizable; esta es la discrepancia con el significado que Kant le asigna a dicha palabra. Para Kant, el “mal radical” son aquellas acciones malvadas fruto de una voluntad pervertida que desatiende los Imperativos Categóricos. En cambio, para Arendt, el “mal radical” es una noción fenomenológica que describe los hechos atroces de los totalitarismos, encaminados a transformar a los hombres en entes superfluos. Los actos atroces del totalitarismo son actos extremos que no tienen nada que ver con motivos pecaminosos, no son humanamente comprensibles (Jerónimo y Leal, 2013, p. 113).

Es posible formular entonces que la negación del “mal radical” no puede pensarse; pero se deberá tener ciertas consideraciones para decir que la maldad no tendrá ese ejercicio de reflexión y que por lo tanto no puede ser más que verdadera por el

simple hecho de existir en su misma esencia de perversidad. El estudio de la banalidad en Arendt antepone ya un mal existente que paulatinamente le da otra existencia o grados a la maldad misma como entendimiento en una realidad totalitaria. Ahí se la da ese sentido de validez que anulara el “mal radical” de ser una posibilidad de pensarse en dicho objeto.

### 1.3 Arendt y su Monstruo

Un pensamiento filosófico, nos muestra los matices de una época a otra. De hecho, en la cronología en la que esta se va gestando nos da diversas interpretaciones con otros sentidos, así que en cada uno de estos reflejos existirán argumentos que irán deconstruyendo todo ese ejercicio de pensamiento que se presenta en la obra de Eichmann en Jerusalén.

Durante el juicio, Arendt advirtió que Eichmann sólo recordaba cosas que tenían relación con los hitos de su carrera, lo que ponía de manifiesto que el éxito era su criterio para actuar. Pero estos hitos no siempre coincidían con los momentos cruciales del exterminio de los judíos, lo cual mostraba una memoria bastante deficiente. Esta situación dificultó la tarea de los jueces y del fiscal para obtener una confesión consciente y voluntaria de sus crímenes (Jerónimo y Leal, 2013, p. 115).

Arendt enfrentó a su monstruo en el juicio donde sería muy crítica en todos los sentidos legales que se manifestaban en el tribunal y no pasaría por alto que se enfrentaba al criminal que atentó contra la humanidad. La construcción de los hechos estuvo fortalecida con el arma del recuerdo; la memoria intentaría plasmar un dialogo histórico y filosófico de un país violento con tintas racistas en cada esquina. La autora hacia ciertas reflexiones con respecto a la política y cómo esta iba tomando su forma en una comunidad.

Eichmann consideraba que la obediencia hacia Hitler era la virtud suprema; el respeto por la normas establecidas y la opinión mayoritaria de la sociedad nazi, los fundamentos de su actuar. Estos factores pusieron ante los ojos de Arendt la idea de que Eichmann era una persona incapaz de pensar y juzgar de manera autónoma (Jerónimo y Leal, 2013, p. 115).

El hecho de que Eichmann diera su verdad como absoluta, nos da esa pauta para tener nuevos horizontes de pensamiento filosófico político con una realidad que se le establecería ciertos límites en su movimiento. Pero justamente esto como una idea o concepto puede favorecer a crear nuevos sistemas filosóficos.

El Régimen Nazi provocó un colapso moral en la vida pública y privada. Las leyes morales tradicionales, como por ejemplo, “No debes matar”, “No debes levantar falsos testimonios a tus semejantes” fueron sustituidas por “Debes matar”, “Debes levantar falsos testimonios a tu prójimo”. Eichmann aceptó estos nuevos códigos morales sin detenerse a reflexionar críticamente su significado, como si se estuvieran cambiando los hábitos de vestir de una época a otra (Jerónimo y Leal, 2013, p. 115).

Su monstruo le hizo reflexionar su manera de entender como debe ser la política y su activismo político. La acción política se volvió un problema que había ya sido diagnosticado por Arendt en las masas colectivas contemporáneas y como una de las cuestiones que enlazaban con la acción colectiva. Su monstruo traspasara las fronteras históricas en el ejercicio ciudadano de esa acción colectiva como algo público en lo civil, y que no pasaran a ser solo hechos históricos, y más bien nos encontraremos una gran carga de reflexión filosófica. Principalmente en lo que respecta al tema de la obediencia ciega.

Eichmann no fue capaz de pensar por sí mismo las circunstancias que le rodeaban y tampoco pudo juzgar el significado de sus acciones, ya que su conciencia sólo se limitó a acatar obedientemente las órdenes y leyes de sus superiores. Por supuesto, la obediencia ciega era una virtud bastante alabada en el Régimen Nazi (Jerónimo y Leal, 2013, p. 118).

Eichmann muestra que ante la maldad, el pensamiento puede ser nulo. ¿Tendrá algún efecto político el pensar? En el juicio en Eichmann se cuestionará la capacidad de distinguir entre lo que está bien o mal o un justo medio de acuerdo a sus condiciones esto ya más acercado a los regímenes totalitarios, los aislamientos, y las masas.

No sé cuántos judíos entraron, apenas podía mirar la escena. No, no podía. Ya no podía soportar más aquello. Los gritos (...) Estaba muy impresionado, y así se lo dije a Müller cuando le di cuenta de mi viaje. No, no creo que mi informe le sirviera de gran cosa. Después, seguimos al camión en automóvil, y entonces vi la escena más horrible de cuantas recuerdo. El camión se

detuvo junto a un gran hoyo, abrieron las puertas, y los cadáveres fueron arrojados al hoyo, en el que cayeron como si los cuerpos estuvieran vivos, tal era la flexibilidad que aún conservaban. Fueron arrojados al hoyo, y me parece ver todavía al hombre vestido de paisano en el acto de extraerles los dientes con unos alicates... Después de haber presenciado esto era capaz de permanecer horas y horas sentado al lado del conductor de mi automóvil, sin intercambiar ni una sola palabra con él. Fue demasiado. Me destrozó. Recuerdo que un médico con bata blanca me dijo que si quería podía mirar, a través de un orificio, el interior del camión, cuando los judíos aún estaban allí. Pero rehusé la oferta. No podía. Tan solo me sentía con ánimos para irme de allí (Arendt, 2009, p. 131).

Crear responsabilidades en los sujetos ayudará a evitar que los males deambulen por las calles ofertándose como verdugos del prójimo. Responsabilizar a las personas de sus propios actos a partir de la puesta en marcha de un pensamiento propio que les ayude a distinguir autónomamente lo que está bien de lo que está mal. Se trata aquí de no descargar la propia responsabilidad en otro al que idolatramos o al que consideramos como la figura máxima de autoridad política o moral. De lo contrario estaríamos siguiendo los pasos del monstruo del que nos habla Hannah Arendt.

Eichmann sabía que las víctimas eran engañadas hasta el último instante para ser aniquiladas. Y, aunque conocía el paradero de las víctimas y sabía que algunos funcionarios habían renunciado a su cargo sin correr peligro de muerte, él nunca se atrevió a abandonar su rol en las S.S., porque consideraba que dicha conducta era inadmisibles y no era digna admiración. La voz de su conciencia fue remplazada por "la voz del Führer". Él se sentía orgulloso de haber sido un ciudadano fiel y cumplidor de las leyes. Y hasta llegó a exclamar que había seguido los preceptos de la ética kantiana y el Imperativo Categórico. Sin embargo, si Eichmann hubiera actuado siguiendo el Imperativo Categórico: "Obra sólo de acuerdo con la máxima por la cual puedas al mismo tiempo querer que se convierta en ley universal", no habría enviado a miles de seres humanos a la muerte, ya que él no hubiera deseado vivir en un sistema político que les otorgue el derecho a otros de asesinarle por su condición. En el Régimen Nazi, el Imperativo Categórico Kantiano fue reformulado de la siguiente manera: "Obra de tal modo que si el Führer te viera, aprobara tus actos". La voz de Hitler como la nueva fuente del derecho legalizó la injusticia y el crimen. Más que a su conciencia moral, Eichmann le prestó atención a esta nueva formulación del imperativo. (Jerónimo y Leal, 2013, p. 117).

El totalitarismo ya tenía esa carga de maldad pura por ser un dominio que se manifestó en el nazismo, su hecho histórico nos da el margen para comprender la

cuestión a fondo. Arendt se había percatado que el antisemitismo no necesariamente conducía al exterminio, pero que era necesario resolver los asuntos de política del pasado. Busca entender el entusiasmo de las masas a favor de un régimen que sembraba terror y era usado como un mecanismo para dar órdenes y que fuera ley.

Esa obediencia fue uno de los factores que más contribuyó a que muchas personas comunes y corrientes, como Eichmann, se convirtieran en “agentes criminales”. Y esto lo prueban los experimentos de psicología social de Stanley Milgram, entre 1961 y 1963, para probar si una persona podía desacatar los dictados de su conciencia, al obedecer una autoridad reconocida como legítima, por ejemplo, la autoridad científica. Bajo el pretexto de que era un experimento de Memoria y Aprendizaje, Milgram condujo a un grupo de hombres y mujeres “comunes y corrientes” (llamados “maestros” en el experimento) a infringir choques eléctricos a otra persona que desempeñaba el rol de estudiante, a través de una prueba de memorización de palabras. El estudiante se hallaba amarrado a una silla con electrodos en los brazos, para recibir descargas eléctricas cuando se equivocaba. La idea era que el estudiante (que era en realidad un actor que simula el dolor) se equivocará la mayoría de las veces, para medir hasta qué punto “el maestro” iba a infringir descargas de dolor. Las descargas eléctricas eran medidas a partir de una máquina que tenía treinta manecillas escalonadas desde los 15 hasta los 450 voltios. A medida que las descargas aumentaban el “alumno” comenzaba a gritar de dolor y se quejaba diciendo que se encontraba enfermo del corazón. A los 270 voltios el “estudiante” gritaba de agonía y si se llegaba a los 300 voltios sufría estertores de coma. Por su puesto, cuando los “maestros” intentaban parar el experimento, la autoridad del experimentador les hacía proseguir con el mismo. Aunque el experimento fue cuestionado éticamente, dado que los participantes no sabían cuáles eran los propósitos reales, éste arrojó un resultado alarmante. El 65% de los participantes llegó a aplicar los 450, mientras que el 35% se detuvo poco antes de los 350 voltios. Milgram observó que los participantes, al ser sometidos a un conflicto de valores, privilegiaron la autoridad científica frente a la autoridad de sus principios morales que eran conscientes de traicionar, ya que desplazaron la responsabilidad de sus actos a la primera (Jerónimo y Leal, 2013, p. 118).

Comprender a la política desde la mirada del totalitarismo tendrá ese enfoque arendtiano de que se tenía que estudiar desde la condición humana. Pero responder interrogantes que se fueron suscitando de cómo en qué momento este régimen tenía características distintas que influyeron a lo sociedad y en cada individuo. El mundo moderno le constituye a Arendt un vacío en el campo político respecto a los

fenómenos que fundamentan una estructura en el totalitarismo. Se podría hablar de un tipo de terror organizado. Eichmann no sería ese personaje del cual el horror le representara, pero si le pertenecía el hecho de ejercer actos deshumanizados contra los judíos en donde la piedad no le era familiar. Esa existencia de maldad ya radica en la expresión de la aniquilación en los campos de exterminio nazi dando una idea de lo que se instalaba en los regímenes totalitarios.

La violencia extrema es una cuestión fundamental en Arendt para cuestionar el papel fundamental que las sociedades daban al mantenimiento del totalitarismo. Prácticamente era un gobierno diferente que lo caracterizado por el supuesto de que los individuos se involucran en la complicidad de una “sociedad totalitaria”. En ese contexto, es aceptable dicha forma de violencia como medio para asegurar un triunfo, esto porque ya implicaban ciertos procesos sociales y políticos y como resultado una dominación masiva.

El monstruo en el espacio público dará a esa esfera la acción que el ciudadano en los tiempos de la modernidad le constituye como ser. La autora cree que ese monstruo se alimenta bajo sus propios intereses mezquinos y de ahí el poder que se le da a ese totalitarismo en la era del terror. Reconoce la existencia de la maldad en ese espacio público y que es mayor a las masas, dándole ese entendimiento que lo lleva a una realidad extrema en el nazismo. Ya la idea que representa a este objeto tanto interno como externo va adquiriendo la posibilidad de ser verdadero o falso, bajo una máscara que las sociedades europeas justificaban con plegarias, bajo el símbolo de la esvástica como una realidad afectiva de la existencia de un Dios mayor al cual se le rendiría su culto en la Gloria de la satisfacción al servicio del sentido de la validez.

Justificando a este tipo de Dios es donde se concibe las ideas del racismo abaladas por los valores del antisemitismo, eterno y existente hasta el día de nuestros tiempos. Lo cual se puede mantener como una actividad en el mundo en tanto a la esfera pública, dándole espacio a esa deliberación crítica del ciudadano. La falta de interés por llevar la palabra a la acción, será la enfermedad confundida en los cielos del ser y aunque brille en sus profundidades, siempre habrá ese distanciamiento

entre los ciudadanos, por eso las masas estarán lejos de alcanzar una perfección en favor del prójimo y de aquí ese triunfo que mencionaba Arendt acerca de que entre más alejados están los individuos como hermandad más es la victoria del totalitarismo. Por eso Hitler sembró sus bases terrenales en esa sociedad que ya estaba arada y por ende le fue fácil la construcción de su imperio a los niveles más devastadores para la condición humana: el pisoteo del individuo, la destrucción de la pluralidad, el aislamiento como una fuente de peligro. Esto nos lleva a escenarios donde según la autora la pluralidad humana se desintegra por completo.

Si bien parece que el reconocimiento político ya no le perteneciera a ninguna luz por el desarraigo de ciertos grupos a los que Arendt consideraba “personas superfluas”, esto es razón por la cual las masas modernas perderán ese sentimiento ante una comunidad con desarraigos. ¿puede negarse un mundo superfluo? Sí, pero de esa negación no puede aceptarse clara y distintamente un resultado de validez. Por ello, considerando a la experiencia como un ejercicio del pensamiento enfocado en las relaciones formales que ya se preconocen en ciertas ideas en nuestra mente, se deduciría que este señalamiento no se determina en esa semejanza del objeto imperfecto (monstruo).

Tratándose de objetos de maldad perfecta reafirma su contingencia que le da su valor a su existencia radical de ser. Esta radicalización es una especulación del antisemitismo que se presenta a través de Eichmann como el supuesto de ser existente en el pensamiento de acción en la perfección del “mal radical”. La maldad fuera del entendimiento pasaría a ser un objeto de la experiencia sensible, esto no certifica que los objetos sensibles como individuos fueran la causa de una representación racial de todo lo cual nada pueda pensarse. Expresamente en el estudio de la “banalidad del mal” y sus Estados totalitarios Arendt señala que justamente la experiencia de lo superfluo es la base que condujo hacia las máquinas de terror para dar el escenario perfecto a la nueva maldad que daba paso a las columnas del sufrimiento entre pared y pared. El régimen totalitario, marcará la novedad de los tiempos con la radicalidad de un gobierno sin precedentes que dejó ver lo que en otros tiempos no era tan palpable.

## CAPITULO 2: PRIMER ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE BANALIDAD DEL MAL: DIMENSIÓN EXISTENCIAL

### 2.1 La dimensión existencial de la banalidad del mal: el totalitarismo.

En este segundo capítulo desarrollaré la dimensión existencial de la banalidad del mal ejemplificada en el totalitarismo, el mal radical y la insistencia de Arendt sobre la importancia de estudiarlo para comprenderlo mejor. Esto con la intención de contextualizar aún más las ideas desarrolladas en el capítulo anterior, mostrando el impacto que llegó a tener la banalidad del mal en la existencia humana.

El objeto externo al entendimiento encuentra el fundamento de la existencia en el ser perfecto, en tanto que maldad, y se va deduciendo a partir del “mal radical”, es decir, de esta perfección hacia la imperfección. La novedad radical existente en el totalitarismo viene dada en su consideración como una estructura en relación al concepto de perfección. Arendt lo señala como un tipo de sistema político que nos conduce a un nuevo gobierno, de aquí se sigue que haya sido la novedad en su campo de investigación y que como resultado nos arrojó un gobierno cuya finalidad consistía en implantar el terror y por ende la aniquilación de la pluralidad humana. Esto no es otra cosa que esa búsqueda del origen del dominio totalitario, el individuo en su única naturaleza, el fundamento de la suma realidad. Esta es una de las causas que le brinda el sentido y existencia a la imperfección de ciertos objetos que según la autora no supondrían un debate con respecto a las víctimas ni un termómetro que señala el sufrimiento que se les causo ni la intensidad de ello.

Aunque el tema de la relevancia política de los testimonios ha sido debatido por muchos estudiosos del Holocausto, y su estudio excede la presente reflexión, hay una serie de testimonios impactantes que logran narrar con serenidad lo que ocurrió dentro de los campos de concentración. Algunos de estos testimonios son las narraciones de Primo Levi, los cuales iluminan el colapso moral y la vida en el horror en los Lagers. En las obras Si esto es un hombre y Los hundidos y los salvados, Levi narra cómo las experiencias de hambre, frío, trabajo forzado, torturas inhumanas y la lucha por la supervivencia imposibilitan la reflexión de los prisioneros, mientras se avanza en el proceso de deshumanización. De forma similar a Arendt, Levi se percata

de que “el microcosmos del Lager reproduce el macrocosmos de la sociedad totalitaria” (Levi, 2005: 58), y en ellos la humanidad de los hombres es prácticamente destruida. En lo que sigue vamos a utilizar los testimonios de Levi como elementos de develación para ilustrar algunas reflexiones de Arendt sobre el mal político de los totalitarismos (Jerónimo y Leal, 2013, p. 108).

Lo cierto es que justamente la novedad de ese nuevo gobierno radicaba principalmente en cómo se pretendía remodelar ciertos aspectos de las personas y en general de la humanidad. El coronel presentado como la idea fundadora de ese origen (el mal), está presente en el entendimiento en cuanto se le reconoce como algo ya preestablecido. Se señala entonces que el totalitarismo, aparte de generar una ruptura política, también desquebraja la antropológica como estudio fresco en la tinta de lo humano.

Todo lo surgido en la ceguedad del totalitarismo nos tiene con un rosario en la mano dispuestos a que la novedad radical nos diga que todo puede pasar, que todo es posible, que esto es la nueva realidad del totalitarismo que transforma toda esa naturaleza humana sin fin dado alguno, solo como un arma para el régimen totalitario. Y justo aquí lo que hace este tipo de regímenes es fomentar el miedo, que en este caso en particular es una era del terror que no tenía un fin en que descansar porque no le es una violencia cualquiera si no un terror verdadero que envuelve tanto al gobierno como las masas voluntarias. Por ejemplo, la Gestapo y la SS son dos pilastras que sembraron el horror entre las actividades de selección desde este punto el terror totalitario ya era alcanzado.

La única ley era el terror representado con las categorías que lo implementaban dependiendo de los fines que se le requerían sobre todo para la eliminación del enemigo. Lo interesante de este planteamiento es que como toda ley federal pareciera que era legal tal cual los vagones de ferrocarril cruzaban con esa fuerza de poder totalitaria. Las leyes dictadas por el nazismo eran llevadas a cabo en los campos de concentración y como escudo de ello era la victoria de la dominación total. Desde aquí ya están las ideas existenciales representadas en un pensamiento como meditación incomprensible. Las pilastras (Gestapo y la SS) son dos de esos conceptos donde se sostiene la argumentación de “la ley del terror” y sin dejar a

dudas esto cuestiona si en realidad lo humano tuvo transformación y efectivamente la tuvo en cuestión de pérdida de humanidad, derechos, y de sentido. Lo moral en el individuo murió al satisfacer las complicidades de violencia efectuada que se dio en los grupos de las sociedades cómplices de ciertos colectivos.

El problema de la maldad afirma y se sostiene en las ideas de la propia validez que da esa exposición donde se reconoce la existencia en tanto necesaria del “mal radical”. Con cierta particularidad Arendt formula dentro del pensamiento de la modernidad ese apartado de crítica, con una profundidad y brillantez que le permite enfrentarse cara a cara con Eichmann para plantear la consistencia del tipo de ideas creadas por la existencia del mal, expuestas con el concepto de lo que está bien en esa máxima de Eichmann “del deber”. Un deber que, sin embargo, no reconocía ninguna obligación moral para con los judíos.

Si bien la demonización de los judíos se remonta a los inicios del cristianismo, esta excepcionalidad -que resultaba en cierta medida atractiva- fue condenada por el nacionalismo que encontraba en el elemento judío una ruptura con su ambición de uniformizar, con la idea de una unidad cultural e inclusive racial. El nacionalismo alemán hizo del judío el cuerpo extranjero al Volk (Jerade, 2015, p. 355).

Ahora cuestionamos si ¿la maldad es un invento de nosotros? Se consideraría por lo tanto que la maldad es real y no un invento, lo que sí es un hecho es que hay categorías de maldad y se ha expuesto con los ejemplos de las máquinas de terror, el totalitarismo en general, las complicidades de las masas, etc. Por tanto, se reconoce la existencia de las ideas preestablecidas en la mente humana, así como las que quedan fuera del ejercicio del pensamiento libre en Arendt.

Desde mi punto de vista, la idea de perfección de la maldad se mezcla en los conceptos que le posibiliten pensársele a priori incluso como una divinidad germánica es decir Eichmann como Dios para la sociedad europea. Por ello es la perfección que le da la posibilidad de existir a esos dioses germánicos, incluso de esa apariencia sobre si la maldad solo es un invento de la mente, pero por estos dones de perfección es que se logra atribuirles a estos dioses el rosario que escapa a las cualidades humanas. Por lo tanto, pensando bajo el ejercicio de la reflexión

nos percatamos que estas ideas o conceptos rebasan la esfera de la pluralidad y por ende su propia naturaleza humana, que ha sido sometida a grados de experimentos categóricos a nivel de la sensibilidad.

Arendt redactaba que efectivamente la pluralidad y la singularidad humana habían caído a un abismo de destrucción de los individuos ante la capacidad de acción. En los campos de concentración los prisioneros perdieron su identidad al pasar a ser números, juegos de azar y toda su vida se quedaría en el baúl de los recuerdos ya que en la exterminación ya no le sería necesario. La historia de cada reo se cuenta en el mismo aire que sufraga al paso del tiempo y en las mediaciones de los campos de concentración donde la existencia del individuo no llega a ser si quiera un fantasma, pues nada de lo que toca ahí será existente.

La maldad no logra ser un invento humano, esto es una atribución que se le da a esa parte del entendimiento y que cuando se mezclan obtiene ciertos atributos ya existentes sobre todo en los objetos de experiencia (lo sensible, lo contingente), lo que es a su suma perfección le da ese toque para que las ideas sean sostenidas y aun sean creadas por el hombre, pero sin poseer esa perfección que se le da a la maldad. De alguna manera no da una cierta opción de lograr atribuirle a cualquier objeto o conceptos las características de “mal radical” como algo magnánimo. Pero esto podría tratarse de solo suposiciones, como lo que se decía ser una idea inventada por la misma imperfección del hombre. Esto es también suponer que se puede pensar en un ser maligno perfecto que rebase el “mal radical” en Eichmann, pero se reconoce que no puede aportar a un cierto objeto todas las propiedades exactas de maldad. Si esto pudiera ser así, entonces se manifestaría el mismo Lucifer como Dios mismo.

Tener la capacidad por conceptualizar algo a una suma perfección usando el ejercicio del pensamiento tendrá que ser mayor a esa cualidad que se le pueda atribuir. Si no fuera así no tendría cavidad para concebirsele cierto atributo, solo la maldad le sumaría perfección. Se da la necesidad de dar una existencia con toques de racionalidad que le permita dar a entender la imposibilidad de sobrepasar esa bella perfección, aun si solo se tratara de imaginación, inventos, locura, y cualquier

idea acorde a él mismo. Si se ve a fondo esta idea se concede bajo el supuesto de que todo es creado por los seres humanos y se limita en términos finitos.

## 2.2 El Mal Radical

Arendt plantaba que se dio un resquebrajamiento de la antropología al aparecer el nuevo gobierno de la época que dio la bienvenida al mal que emanaba la violencia extrema ya considerado un primer mal y que lo sustentaba la idea de que lo que era imposible ya no lo era, ya era una posibilidad de ser, de aquí se le acuña lo que la autora llamara “mal radical”.

El propósito de un sistema arbitrario es destruir los derechos civiles de toda la población, que en definitiva se torna tan fuera de la ley en su propio país como los apátridas y los que carecen de un hogar. La destrucción de los derechos del hombre, la muerte en el hombre de la persona jurídica, es un prerequisite para dominarle enteramente. Y ello se aplica no sólo a categoría especiales, tales como las de delincuentes, adversarios políticos, homosexuales, sobre quienes se realizaron los primeros experimentos, sino a cada habitante de un Estado totalitario. El asentimiento libre resulta tan obstaculizador para la dominación total como la libre oposición (Arendt, 2002, p. 669-670).

De aquí me parece que se puede entender que el miedo no se da por sí en las ideologías o en los poderes masivos, sino en los reflejos de los regímenes políticos que hacen posible esto por medio de la superfluidad de los individuos que los desecharan en la primera oportunidad que tengan los mismos colectivos conforme a sus intereses y propios fines. Justamente la sociedad europea tendrá esos cuestionamientos que lo hacen ser el problema del mal en ese intelecto superfluo que se manifestaba en ese entonces.

La afirmación de un mal para el movimiento totalitario se da en un abarcamiento absoluto y por ende los individuos singulares ya no tienen una identidad propia que incluso se manifestó al momento de pisar los campos de concentración. ¿Qué será el mal extremo? Parte de este mal radical sin precedentes en la historia de la humanidad. La fuente de todo mal tendrá la idea fenomenológica que intenta que el mal sea destruir la concepción humana, que sea aniquilada en cuanto organismo

de voluntad propia. El mal absoluto ya es un cuestionamiento a la imposibilidad de un correcto sentido del que merece un castigo, la maldad es tan verdadera que no puede pensarse si quiera que no lo es, por eso es absoluta. Negar los parámetros cuando se le busca en cualquier concepto de odio, ambición de poder, o simplemente una perversión, implica su reconocimiento de existencia.

Si se piensa lo racional de la existencia en aquello a lo que el ejercicio de reflexión conlleva ser efectuado, no solo se sabrá de su realidad sino de que existe en el entendimiento. El aislamiento y demás derivados del individuo en su conformidad en cara a la violencia no tendrá posibilidad de ser negada en la existencia afectiva. Por ello Arendt daba cuenta de que la indiferencia hacia lo público era un camino labrado que los conducía a la dominación total y que justamente la gran población iba en pique a ello.

Sólo quedan entonces fantasmales marionetas con rostro humano que se comportan todas como el experimento del perro de Pavlov, que reaccionan todas con perfecta seguridad incluso cuando se dirigen hacia su propia muerte y que no hacen más que reaccionar (Arendt, 2002, p. 675-676).

Las soluciones totalitarias niegan esa existencia de lo que puede elevarse a un pensamiento. Pero a partir de esa negación le da la imposibilidad de pensarse como maldad absoluta como un no posible. Sería una ingenuidad equiparar a Eichmann con la existencia del mal y otras manifestaciones en cuanto al objeto ya dado, así en un contexto histórico el origen de la maldad ya trae su propia inquietud de igualdad al querer observar discursivamente el origen o causa existencial de una realidad necesaria y única.

Este es el verdadero triunfo del sistema: «El triunfo de las S.S. exige que la víctima torturada se deje llevar hasta la trampa sin protestar, que renuncie a sí misma y se abandone hasta el punto de dejar de afirmar su identidad... Los hombres de la S.S (...) Saben que el sistema que logra destruir a la víctima antes de que suba al patíbulo (...) es incomparablemente el mejor para mantener esclavizado, sometido a todo un pueblo. Nada es más terrible que estas procesiones de seres humanos caminando como muñecos hacia su muerte» (Arendt, 2002, p. 675-676).

El exterminio de la pluralidad en el ser humano es el premio mayor que se le concede al extremo "mal radical" por haber inhabilitado cualquier origen o rastro

en la humanidad y por ende los espacios públicos, democráticos/políticos. La humanidad en cuanto a ser un cuerpo en proceso de convertirse en un ser fantasmal, por darle una categoría, una vez desaparecido de la concepción en cuanto a estar en el mundo y que para Arendt es “ser en el mundo con otros”. Es decir, ese fuego cruzado de interrelación con los otros como un individuo pensante, racional, que interactúa con los demás y que desde este punto para la autora es una relación un tanto de una necesidad política que le es a fin para los seres humanos.

Este mal en términos plurales, representa la figura que nos va anunciando la falta de aceptación sobre la correspondencia al conocimiento previo del “mal radical”. Si se usa la razón como un fin de por medio, nos da cuentas de ello en tanto que sujeto ya existente. La pérdida de espacios, los refugiados, los presos y demás, carecerán de una existencia en el mundo como lo había mencionado Arendt en su momento. La época moderna subyace en dar cuentas de la acción política en sus estructuras y todo lo que la componen en cuanto a un discurso filosófico y de unidad categórica que le va dando la existencia misma. Entender esa necesidad y la existencia de ese pensamiento en tanto maldad será una realidad desarrollada.

Los tipos de condiciones en la vida humana en cuanto a un plano existencial es lo que ya se trae como condicionado según Arendt y que al momento de desarrollar ciertas actividades nos manifiesta la existencia de esos condicionantes (mortalidad, natalidad, acción, trabajo); manifestaciones que serán erradicadas por el régimen nazi. Así, la postura de Eichmann lo convierte en un argumento dogmático que no se le someterá a prueba crítica respecto de su incongruencia y sinsentido. El teniente coronel de la SS demuestra un pobre argumento ante un tribunal que parpadeaba en su formulación como compleja, subordinada a toda posible reflexión sobre una inocencia absoluta que agrade su propia existencia.

Hannah Arendt se imposibilita al pensar en cómo penetrar a una verdad del mal absoluto que le deriva un límite de su propio ejercicio de pensamiento. Se sabe hasta dónde se puede seguir asintiendo una verdad absoluta que va deshilando de manera infinita el transcurso de ciertas especulaciones. Ahora bien, le damos fuerza

a esto por parte de Eichmann, quien intenta, aun cuando ni si quiera se percatara de ello, poner un límite propio a la razón. Por ello Arendt intentara recuperar la dignidad de la política en el radical cambio que dio al perder todo significado de la vida misma, pues es del ciudadano que perdió paulatinamente su integridad de quien habla.

En el juicio en Jerusalén por los “crímenes contra la humanidad”, se pierde toda fe en que una divinidad fuera a ayudar a Eichmann en ese proceso. Se logra ver ese profundo anhelo en Arendt por encontrar el “mal radical”, ¿Cómo encontrar algo del cual ella no tendría indicio alguno de su existencia? Quizás una fe interna motivada a sobrepasar el entendimiento de un dictador que se creía buen ciudadano. Creer y entender las condiciones dadas al individuo será opuesto al ámbito racional. Si bien Arendt pudiera estar motivada en descubrir la raíz de la realidad maligna su búsqueda es un dialogo filosófico que pudiera asomarse por una ventana antropológica, por lo tanto, ese buscar del mal iluminara su existencia. Si bien el entendimiento que pone en una balanza revelara en algún sentido su verdad, observando su finitud y, parcialmente, esa ceguera del sinsentido humano.

La acción como palabra se tendrá que desarrollar entre los individuos para poder desarrollarse ante una vida política, pero el ejercicio de la palabra en el tribunal se sigue en una argumentación y no tanto en los términos de lenguaje, es decir de aquello que se predica existente, o verbalmente. Así vemos que este problema, que también puede estudiarse en el campo del lenguaje, la esfera de la pluralidad trasciende a una doctrina que niega la existencia objetiva desde el lenguaje y por ende el rechazo a la existencia del mal, por medio del uso de la razón.

Las condiciones que conectaban la existencia humana en los campos de concentración era un claro ejemplo de cómo, a partir del acto supuesto laboral ejercido por los reos quedaba fuera la vida de la especie humana, como lo señalaba Arendt donde la acción como actividad le quitaba su condición de ser a priori. La creación por medio de los objetos nos proporciona una permanencia y durabilidad a la brevedad de la vida que para los presos judíos no le era más, el tiempo ya no era aliado de ellos.

La destrucción de los derechos del hombre, la muerte en el hombre de la persona jurídica, es un prerrequisito para dominarle enteramente. Y ello se aplica no sólo a categoría especiales, tales como las de delincuentes, adversarios políticos, homosexuales, sobre quienes se realizaron los primeros experimentos, sino a cada habitante de un Estado totalitario. El asentimiento libre resulta tan obstaculizador para la dominación total como la libre oposición (Arendt, 2002, p. 669-670).

El “mal radical” se podría clasificar, en términos generales, a partir de ciertas posturas que puedan negar una refutación al concepto de maldad. Pero no implica solemnemente el principio como alterno acerca del problema del mal. Será preciso analizar las esencias en tanto que características de tipos de maldad. Y por otro lado las hay distintas de acuerdo a lo suscitado en el proyecto “la solución final” que dan en sí un enfoque ajeno y distinto a la maldad en sí. La maldad está dirigida en especial en un solo tipo y lo proponemos en el personaje de Eichmann su caracterización como el ser maligno con principales objetivos como por ejemplo los que conlleva a la perfección para realizar las ordenes dentro y fuera de las cámaras de gas, un terreno que le era familiar.

El verdadero horror comenzó [...] cuando los hombres de las S.S., se encargaron de la administración de los campos. La antigua bestialidad espontánea dio paso a una destrucción absolutamente fría y sistemática de los cuerpos humanos, calculada para destruir la dignidad humana. La muerte se evitaba o se posponía indefinidamente. Los campos ya no eran parques de recreo para bestias con forma humana, es decir, para hombres que realmente correspondían a instituciones mentales y a prisiones; se tornó cierto lo opuesto: se convirtieron en «terrenos de entrenamiento» en los que hombres perfectamente normales eran preparados para llegar a ser miembros de pleno derecho de las S.S. (Arendt, 2002, p. 673-674).

Arendt, si bien, reflexionaba en ese concepto de la acción en cuanto se le da ese matiz al discurso como un factor previo en relación a los individuos. La pluralidad demuestra un espejío a la crítica que la autora hace al totalitarismo como el sistema que imposibilita a la acción dejando al individuo como nota para la esfera pública. Eichmann omitiría que el discurso conlleva a la base de la acción y por eso las palabras se manifiestan en los discursos y en el caso del teniente coronel lo que era para una vida política, tan solo era un argumento disfrazado con lenguaje de odio y repudio. Y si bien Hannah Arendt tenía claro que los discursos en sí también podían

ser usados para el lado positivo, como en los de carácter revolucionario. Ahora las irrupciones como acontecimientos nuevos, como lo fue el “mal radical”, rompen todo esquema en las esferas públicas, esto porque al parecer desquebraja lo cíclico en la naturaleza.

La clasificación asignada para el “mal radical” tendrá la postura de la negación a su maldad; esto de alguna manera es el objeto de observación en Arendt y su crítica más importante en su obra de Eichmann en Jerusalén. Las formulaciones que se perciben a lo largo de su obra son magistralmente llevadas a respuestas indirectas y otras un tanto propias por Hannah Arendt. ¿Por qué Eichmann es el posible hombre de familia? Estamos ante un ciudadano ejemplar que lo rigen los buenos principios, pero intenta demostrar su inocencia, incluso de no aceptar la existencia de un mal en sus actos y para ello solo cuenta con la razón de que hacia su trabajo. Hace notar que el mal no existe más que por la verdadera fe inversa, es decir sentir lo maligno como un acto de fe y amor. Esta fe es la que de alguna manera busca su entendimiento en un sentido estricto.

### 2.3 La Insistencia de Arendt

No se puede ofrecer una respuesta en sí que niegue, en términos de creencia, la existencia del mal como algo absoluto en cuanto a esta problemática; y si bien no se sigue que no haya al parecer una posible vía para el reconocimiento del propio Eichmann en que sea la existencia viva del mal, es decir que esta la probabilidad de que en un dado momento se le reconozca esta existencia. El creer esta idea en términos arendtianos, se le concede distinto a la perspectiva de la razón, esta no le podrá imponer por la voluntad de alguien ajeno. Los colectivos en masa por más que se les pudiera dialogar con ellos, no captarían imponer la voluntad a ellos mismos como individuos por creer reconocer la existencia del mal. Y no será viable imponer a estos grupos que el mal existe en condiciones categóricas fuera del alcance humano.

Si se niega el mal en los términos suscitados en el Holocausto, pero racionalmente da por hecho su existencia, se podría decir que esto es posible mediante la comprensión de que no puede ponerse en duda su existencia. La pregunta se podría ampliar en varios vértices sobre si esta racionalidad tiene una cierta validez en la problemática del mal y si ésta es motivo suficiente para despertar la conciencia.

No se afirma ni se niega la existencia del mal, esto valorando las categorías de las masas en potencia de ser. Quien en verdad diga o tenga una postura con respecto de la inexistencia del mal, solo nos dará una respuesta sinsentido a esta problemática.

Aún el más radical mal puede tener ciertos rasgos que ratifiquen un tipo de sistema mediante los argumentos que lo sostienen en cuanto a la identidad del sujeto y por ende lo manifiestan en el mundo en el que se esta tan palpable como el del humano. Somos personas de acuerdo a nuestro actuar, es decir cómo somos ante los demás. Arendt justamente decía que a partir de la narración se da esa acción en los sujetos y Eichmann en ese sentido era un experto para los discursos. El mal ante el ámbito público da ese ejercicio de narrar ese sentido de como ejercer el miedo a las sociedades ante cierta revelación, demuestra quienes eran ante los espectadores que eran incapaces de captar o distinguir los discursos antisemitas entre otros. El espacio público le será expuesto en los hechos y su relato llevándolo al otro espacio al de la política, deliberando la irrupción que dieron los acontecimientos en la vieja Alemania donde se desplegó esa lucha en campos políticos, el surgimiento de los individuos como nuevos sujetos.

La lucha contemporánea se le reconocerá en esos sujetos, según Arendt, como ciertos tipos de grupos que van desempeñando su reconocimiento en los espacios públicos, dando margen a que el actuar de la acción no este solamente en un mero existencial, sino en el campo político. Pareciera que entonces ese reconocimiento para ver la existencia del mal no se le haya dado lo necesario para su demostración. Queda asentado que los desglosamientos para que el problema del mal pueda tener ciertos argumentos que le sean pertinentes a su validez de su existencia. Habrá momentos en los que dicho problema tenga un estado reflexivo, deslumbrando un

análisis con más cuidado como lo hace Hannah Arendt al poner afirmaciones que le competen al mundo.

La construcción de su propio discurso que postule el argumento como positivo/existente, le dará a la maldad su validez y no le será necesaria la negación. Respecto de la acción y el “mal radical” se podría establecer una discusión que esté sustentada en dejar una huella que diferencie lo conceptual y redefina en términos de límites del entendimiento. Seleccionar apropiadamente el ámbito de ciertas ideas que le son aceptadas por el entendimiento, y que haciendo referencia a las que le corresponden al ámbito de creencia o existencia; con referencia a la concepción de maldad.

Podrán existir argumentos que constituyan las realidades sobre los aspectos de un mal que llegue a ser radical en una importancia de tener visto a su vez, posibles refutaciones, si bien, a través de la historia se argumentan respuestas de distintas interpretaciones a estas mismas. Por consecuente se seguirán revelando en una cierta complejidad que encierra el pensamiento de Eichmann. Los efectos colaterales que se le puedan seguir a la argumentación del estudio de “la banalidad del mal” serían lo bastante amplios para ser abordados en esta investigación, por consecuencia, queda abierta en el proceso de la historia en términos generales a las refutaciones que se le concreten así para enfrentarse a un estudio más filosófico.

El escalón donde podría darse una discusión mucho más filosófica, posiciona en un acierto con más información actualizada del estudio de “la banalidad del mal”. Motivos por los cuales tanto defensores como opositores del Holocausto mantienen vivas las especulaciones de dicho evento catastrófico en el sentido de la humanidad y sus condiciones. Esto al renovarse continuamente en su sentido y sus afirmaciones de ciertas posturas concernientes al problema del mal y su concepción de filosofía de la existencia.

Existen postulaciones en el marco de la existencia que responden al entendimiento. Lo que se dice estar en el ejercicio del entendimiento de acuerdo a Arendt, se podría postular entonces del siguiente modo: que nada es posible si la acción no actúa en un espacio público. Del mismo modo, se puede adentrar en cierto entendimiento

una idea o concepto con falsedad. Por ello no deberá tener existencia en sí misma. Puede ser posible dar un pensamiento que le sea nulo a su existencia de lo que el actuar no ejerza su entendimiento. Si no fuera así, no podría dársele su formulación a una refutación al problema del mal mediante la razón.

Si se piensa en el ejercicio del razonamiento, deberá de mostrarse sin titubeos ni dudársele. Pero, no obstante, la acción tiene sus deficiencias ya implícitas por el hecho de sus características donde se le introduce al mundo lo inesperado. La condición humana tiene esa probabilidad de caer en el error en sí mismo, al sostener una idea falsa en la acción pública.

Al no tener cierta experiencia sensible de la maldad en Eichmann, logra afirmar su negación. No hay posibilidad de poner en una balanza la maldad con ciertos objetos que le atañen al mismo. Su contraste por lógica no se le conocerá a este concepto de mal. Podría haber una consecuencia directa de minimizar la experiencia sensible a lo inmediato en ese concepto de "mal radical". A partir de esta radicalidad no se podría pensar nada más en su propia acción, y por ende no sería correcto dar una idea afirmativa en el ejercicio de la reflexión de aquello que no ha sido conocido.

Si la maldad pudiera tener un valor en la existencia como un concepto de la realidad, tendría un valor que se le apropia como existente en el entendimiento. Y de aquí que la probabilidad de que suceda pueda dudarse de su veracidad dentro del raciocinio. Y por ello si no se cree en su idea, no tendrá certeza de que exista. Aun así, se dudará de que el problema de la maldad realmente exista.

Hannah Arendt daba por hecho que los debates ya tenían una cierta preexistencia dentro de las relaciones humanas y de lo que se pueda interactuar con ellos, por eso el problema del mal es parte de las narraciones que le dan poder a la acción pública. Eichmann ejerce la habilidad del habla al reproducir los campos de exterminio como la acción del trabajo que le será destruida por la palabra en acción. Por ende, decía Arendt que las palabras resuenan en nuestras memorias ya sea en los espacios públicos o privados. Los hechos suscitados en la Alemania nazi no podrán borrarse en las acciones y por ello se le da el valor de irreversible respecto de la palabra efectuada, de la "acción".

Anteriormente hablamos sobre la negación del mal en terrenos racionales, dando así que la existencia del mal existe, incluso como un término de fe. Los argumentos que sostienen al problema de la existencia del mal son estudiados por las acciones filosóficas. La grandeza del estudio de “la banalidad del mal”, nos rebasa a nuestra capacidad de entendimiento por su carga que les concierne a sus propios argumentos arendtianos, y a las consideraciones que le introducen los mecanismos de control masivo que fueron a priori para los grupos colectivos nazis. Arendt considera crucial las consecuencias que puedan ser inesperadas de la acción en el futuro y todo lo que le conlleve a una impredecibilidad en las facultades humanas, pero sobre todo de la promesa que le ejerce.

Eichmann en Jerusalén, redacta Arendt que la burocracia de la SS se encargaba de maquilar documentaciones falsas para omitir pruebas de la sistematización sobre las matanzas de miles de personas y donde el personal encabezado por Eichmann era preciso en los archivos emitidos. Desde esta perspectiva ya se daba un olfato de los grados de maldad que efectuaban tanto los regímenes totalitarios y la sociedad europea cómplice de los hechos suscitados. De aquí se da un rasgo que denota una información que, aunque no es explícita, si nos da ya una predisposición a la existencia del mal.

Los análisis conceptuales que pudieran demostrar racionalmente una aceptación de la existencia de un “mal radical” no le invalida un sentido filosófico. Las esferas de la pluralidad humana en tanto lo relativo a la fe y las creencias se justifican en un reconocimiento de todo cual pueda pensarse como un acto de ejercicio público, ambas le representan a la acción y que le es a fin a la filosofía misma. Y aunque para algunos historiadores pudieran sostener que la esfera de la fe en Eichmann como banalidad es totalmente distinta a su naturaleza de discusión filosófica, aun sin ningún tipo de formulación conceptual le será dado el valor como argumento dentro de la filosofía de la existencia.

Ahora la idea de que la maldad se le piense desde un existencialismo le encierra toda una magnitud al concepto descrito. Lo dicho se tendrá que sustentar en los términos de un raciocinio que le pueda justificar por esta vía. Cabría una posibilidad

de que quizás Eichmann poseerá una idea dentro de su entendimiento que no le siguiera su existencia en la realidad, esto aunque se le pueda dar el valor de una maldad como idea ya sustentada en el ejercicio del entendimiento.

Formular las esferas de la pluralidad definitivamente se le concede que se les ejerce en cada espacio público y propio que le de esa contingencia de la perfección del “mal radical”. Justamente en nuestra realidad se le concede o se le niega que dichas esferas u objetos puedan existir o no; tales están dentro de un principio existencial y por ello un camino como fin. Pero aquello que se le concede dentro de nuestras memorias se le pensará como un reactivo existencial de la maldad y deberá tener una salida posible dentro de un devenir en los conceptos adeptos ya sistematizados dentro de las condiciones generales de la existencia humana.

Hannah Arendt percibía desde los sentidos cómo las actividades públicas desarrollaban el ejercicio de la acción, dando matices a lo que ella llamaba “la vida activa”. Se percató de que cuando ciertas actividades no ejercían en su hábitat, estos conceptos quedarían ante una derrota inminente. Esta noción de vida activa se comprende a partir de tres conceptos claves:

Labor es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano, cuyo espontáneo crecimiento, metabolismo y decadencia final están ligados a las necesidades vitales producidas y alimentadas por la labor en el proceso de la vida. La condición humana de la labor es la vida misma.

Trabajo es la actividad que corresponde a lo no natural de la exigencia del hombre, que no está inmerso en el constantemente repetido ciclo vital de la especie, ni cuya mortalidad queda compensada por dicho ciclo. El trabajo proporciona un “artificial” mundo de cosas, claramente distintas de todas las circunstancias naturales. Dentro de sus límites se alberga cada una de las vidas individuales, mientras que ese mundo sobrevive y trasciende cada una de ellas. La condición humana del trabajo es la mundanidad.

La acción, única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad, al hecho de que los hombres, no el Hombre, vivan en la tierra y habiten en el mundo. Mientras que todos los aspectos de la condición humana están de algún modo relacionados con la política, esta pluralidad es específicamente la condición no sólo la *conditio sine qua non*, sino la *conditio per quam* de toda la vida política (Arendt, 2009, p. 21-22).

Pensemos por ejemplo que en este entendimiento se concibe una idea de que si el mal se le piensa se tiene un hecho y si el “mal radical” no puede ser y no ser en algún lado o en el tiempo de la historia, esto se deduciría a que la maldad es aceptada desde la concepción y hasta su último fin o destino en la condición humana. Si se le pone en la lógica de las premisas esta no sería del todo verdadera porque efectivamente no tendría la perfección de lo maligno como un Dios germánico del que los regímenes nazis se abrazaban como escudos de justificación en busca del “súper hombre”.

Esta divinidad estuvo en un lugar de la Alemania nazi entre hojas secas y humo negro en las máquinas de exterminio dirigidas por los soldados de la SS. Si bien, los presos no tenían si quiera la oportunidad de objetar ante tal injusticia los derechos civiles pisoteados, tal cual la pluralidad quedó sometida; el ciudadano como enemigo del Estado. Esta barbarie es producto del mal en el entendimiento y le concibe las partes que se van construyendo en el problema del mal, cuestión que será sometida al estudio de la “banalidad del mal”. El hombre sometido a creencias destructivas masivas que se encarcelan en el paso del tiempo. El entendimiento es un aliado para analizar un estudio que integren los conceptos del “mal radical” y su paso a “banalidad del mal”.

Lo incapaz de la divinidad maligna, como un objeto contingente, el eliminar las clases políticas y culturales de algún país que le integrara la aristocracia y gente de intelecto, la aniquilación de miles de personas es lo que conlleva a lo realmente maligno, es eterno en toda presencia y lugar. Por esto nos cuestionaríamos ¿Cómo en el ejercicio del pensamiento podría ser un “mal radical” que no lo sea? La capacidad en el ser humano como un acto de pensamiento en el que esta cuestión no pueda no ser tenida en cuenta. Está sostenida desde el momento que se le concibe en su pensamiento como un absoluto ser en potencia de la maldad, por ende, es perfecto tanto en su entendimiento como en la posible realidad. Bajo un argumento dentro de la filosofía de la existencia se probaría el afirmar el efecto de la idea del mal como una unidad perfecta en el ejercicio del entendimiento.

La familia, el hogar de cada judío, tembló a cada paso con el que los regímenes sembraban el repudio a su existencia. Arendt distinguiría que la esfera pública era destruida al ejercer los campos de dominio sobre los más vulnerables dividiendo su entorno del llamado “ciclo vital”. Justamente nuestra autora sospechaba que en esta esfera pública no tendría libertad, ni si quiera de una equidad y por ende lo que existe es una comunidad con ciertas necesidades dentro de la vitalidad.

## CAPITULO 3: SEGUNDO ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE LA BANALIDAD DEL MA: DIMENSIÓN ONTOLÓGICA

### 3.1 Secretos en la Idea del Mal

En este capítulo me propongo analizar específicamente los secretos en la idea del mal, en relación con los dos males en el ser necesario (el mal radical y la banalidad del mal) para centrarme finalmente y con base en todo lo anterior en la concepción arendtiana de la banalidad del mal. En ese sentido, problematizaré la enunciación que señala que todo aquello que se puede pensar como algo maligno solo existe dentro del ejercicio del entendimiento y por ello la idea no se le puede concebir realmente como algo verdadero. Pero ésta está ahí, justamente en lo arraigado de la concepción del “mal radical” y que, aunque pudiera tratarse de solo una representación en Eichmann, ésta le da todo un conjunto de ideas en cuanto que la maldad le pertenece al humano y no a Dios.

Como hemos visto, el “mal radical” describe los mecanismos de dominación totalitaria que hacen posible la construcción de seres humanos superfluos, indistintos, predecibles. Describe las condiciones generales que favorecen la desaparición del mundo humano, de la libertad, de la individualidad, de la originalidad, de la solidaridad, de la moral y de la política. La pérdida de la persona jurídica, de la persona moral y de la individualidad, convierte a los prisioneros de los campos en haces de reacciones intercambiables. Por todo esto, dice Arendt, este “mal radical” es moralmente imperdonable, jurídicamente imposible de castigar y, hasta cierto punto, fruto de motivaciones incomprensibles (Jerónimo y Leal, 2013, p. 125).

El problema de este estudio como un análisis de lo que es maldad en Hannah Arendt nos da una gama en un ámbito del pensamiento crítico de la filosofía política como de la filosofía de la existencia. Y es que según ciertos argumentos existentes, si se le piensa es y por ello está en la realidad, pero pensemos en ello y que este concepto de mal pudiera habitar en dos planos, es decir uno en el entendimiento como ejercicio de la acción y el otro en una existencia ontológica.

Hannah Arendt como toda la politóloga que es, le da ese carácter para darle una exigencia severa al ámbito político, por ello la ciudadanía es responsable de que se

manifieste en lo público para ejercer el acto de ser libre y por consecuente una forma de “supervivencia y conservación”. Las páginas escritas dentro de este campo político-social lo centran en la pluralidad de cada individuo y lo mantiene en el mundo de lo correctamente político. Por ello cada ciudadano le fundamenta un compromiso como actividad para que pueda coexistir en este mundo. Arendt se percataba de que la misma acción ejerce los caminos de la pluralidad dando un ejercicio para poder crear el espacio hacia una libertad, pero que por otro lado la misma violencia puede desintegrar el espacio público tal cual se ve en el panorama de la Europa de los cuarentas.

La humanidad tendrá que hacer un estudio de conciencia en el sentido de en qué momento el hombre puede ser su propio verdugo y por ello destructor de su porvenir y si a esta acción le da la bienvenida al mal que viene con máscaras del totalitarismo, colectivos en masa, etc. Quizás como espectadores de este panorama del horror solo nos sentaremos a ver desfilar al mal con orgullo, donde sus cancilleres saluden por el bien de una comunidad, en busca de la perfección como individuos y como dioses germánicos hambrientos de canibalismo místico.

Es claro que en el juicio de Eichmann en Jerusalén Arendt pone en sobre la mesa los cuestionamientos al concepto de responsabilidad y en cuanto se puede juzgar en niveles de conciencia. Esto rompe los esquemas en el juicio a Eichmann por que se manifiesta las relaciones de maldad con ciertos conceptos de ideas preestablecidas en su infinita cuestión de ser una “banalidad del mal”. Algo que nuestro teniente coronel engrandeció, a costa de minimizar las cualidades de lo que era ser un buen ciudadano en cuanto la justa razón de ser individuos pensantes que pueden estar presentes en el mundo. Aquí es donde Eichmann pone pie para caer en la ausencia de lo que le pertenece al buen ciudadano.

Desde luego es justamente donde se puede percibir las primeras manifestaciones de esa ruptura del “mal radical” para darle paso a la “banalidad del mal”. Por consiguiente, se manifiesta que esta presencia de entidad banal se le concede al acto de mal ejercido por el sujeto que carece de reflexión alguna y que no distingue entre pensar y distinguir por medio del intelecto la maldad en cuestión.

Así, la noción de “la banalidad del mal” hace referencia a la ausencia de pensamiento crítico, a la irreflexión, a la superficialidad, a la conciencia sustitutiva generada por el espíritu gregario del hombre, por su conformidad a las reglas sociales, por los criterios de éxito, obediencia y eficiencia de la organización burocrática. Hace referencia a las condiciones que generaron en Eichmann una completa incapacidad para juzgar por sí mismo acontecimientos particulares, para comprender realmente qué era lo que estaba haciendo. Esto no implica necesariamente que la noción de “la banalidad de mal” sea un concepto general que explique el comportamiento de todos los victimarios (Jerónimo y Leal, 2013, p. 124).

Los escrúpulos que van surgiendo en el mal y que se apoderan en los mundos dando marco a evadir ciertas responsabilidades y con ello la desintegración de los espacios públicos, no da la posibilidad de que los ciudadanos ejerzan su respectivo juicio. Arendt nos da esa pauta justa en el que se dice que, si este sujeto se le impone la irreflexión, tendrá las cualidades para que el mal triunfe por medio de la violencia radical contra su entorno. El pensamiento arendtiano sostiene que de haber múltiples pensamientos al estilo de Eichmann donde la reflexión en cuanto a un pensamiento es nula y que aceptan desde lo más profundo de su conciencia el hecho de que la violencia es algo “normal”, como algo rutinario de la vida cotidiana, la misma maldad emergerá de nuestra misma sociedad y que lo presentará como la cara del “mal banal” en su máxima expresión dentro de la colectividad.

De aquí se sigue si entonces lo que le compete al mal se está arraigada en la misma sociedad y se le plantea de que estaría echa nuestras sociedades, qué le producen este mal al sujeto, de donde le vendría el germen de un cimiento de mal. Una eterna verdad que no regresara por la premisa de que es lo que se piensa en el actuar, un análisis que nos conduzca a la responsabilidad y el juicio. Un radicalismo que excede en abundancia, se concibe esto así porque en el entendimiento el concepto de la idea del mal es por sí mismo existente en la realidad de los campos totalitarios. Hannah Arendt pensaría que estas responsabilidades son individuales o que le pesan a los sujetos colectivos y por ende se le cuestiona qué tanto somos nosotros esos responsables y si tenemos que entregar cuentas a alguien en específico.

El concepto que sustenta la formulación de algún argumento donde esté implícita la idea de mal, está en el trasfondo que logra reconocer al sujeto en su maldad pura,

dándole una validez a todo en cuanto se le piense. Por ello estos conceptos que pudiera ejercer el hecho de pensar como un acto de reflexión y que nos lleva a la premisa de que- si no puede pensarse no puede existir- de esta manera si se da el valor de pensarse al concepto de mal, este también por consecuencia tendría un principio y un fin, quedando expuesto a que si se puede obtener esa idea de mal como vigencia dentro del pensamiento de que si el “mal radical” no existiera, no podría pensársele y Eichmann no le atañería este concepto por ende lo que no hay no existe. ¿Qué es entonces lo que se tiene? Lo que está en el entendimiento, es decir, la existencia del mal y por ello en su conclusión: existe. Ahora bien, hay que distinguir entre pensar el mal y el castigo del mal. El mal sí puede pensar y la cuestión está en las motivaciones.

Nosotros como sujetos somos responsables en la manera que nos adecuamos a las acciones que según Arendt se va expandiendo de época en época (pasado y futuro. En cierta época como del pasado nos va remitiendo que se tenga una preservación en la memoria del campo de la acción y el relato que se cuenta en los espacios públicos, dando gala a la memoria como único que se le tiene en el actuar de la acción y que le da la pauta para cosas futuras en la historia como un recuerdo de lo que son las responsabilidades. En conceptos de Hannah Arendt y preservar la pluralidad en un futuro para que los actos de violencia masiva puedan evitarse y no se propague el mal como bacteria silenciosa y destructiva.

Los secretos en la idea del mal son justamente entre otras cosas, las reflexiones que siempre hizo nuestra autora sobre las responsabilidades como concepto en nuestra idea de pensamiento moderno y que le ocupó en ciertos momentos como los vividos en la barbarie del horror totalitario y más adelante en la experiencia escrita en el juicio a Eichmann en Jerusalén. Las consideraciones en Arendt serían las marcadas en esos momentos críticos de la época dando un matiz a su pensamiento contemporáneo distinguiendo: la responsabilidad, lo que atañe a la culpa, la ética/moral como concepto de definir en una balanza lo bueno y lo malo como las máximas dentro del raciocinio humano. Hannah Arendt distingue que las

responsabilidades le son más propias a los individuos como una unción de la subjetividad y no tanto al de un individuo responsable.

Por ello se les da más énfasis a los grupos colectivos dentro de su responsabilidad ante los actos de violencia, lugar donde Arendt cree que son los más vulnerables. No podemos omitir que justamente otra cuestión que se le reflexiona a estos hechos es en qué sentido se le podría culpar a Alemania de todo lo que se suscitó y que está escrito como parte de nuestros libros de historia. Si la sociedad respetable de Europa era participativa en los actos violentos directa o indirectamente, qué tanto pudo influir en el resto de la población del país. ¿Sentirían culpa por algo o solo era una fiesta de carnaval bien montada? Deslindar responsabilidades y sentimientos de culpa es parte de las reflexiones que en su momento Hannah Arendt se cuestionó en cada atardecer al mirar tras la ventana pálida y sobria.

Si bien, Arendt distingue entre lo que es una responsabilidad y lo que es una culpa, no podemos entonces dejar pasar desapercibida la idea de maldad en cuanto a pensamiento y que los conceptos nombrados (responsabilidad/culpa) estén bajo la vía del entendimiento. ¿Podría Eichmann pensar o tener una noción en ese momento de lo que le incrimina como pionero de la crueldad humana? Ciertamente nos es imposible de cierto modo pensar en ser o y no ser una banalidad como maldad distinguiendo cuando se es efectivamente y cuando no se es. Pero dando el valor a lo cual puede pensarse y que por eso existe no le procedería de igual forma. Eichmann estaría imposibilitado a cargarse su maldad en cuanto es y no es; se le genera el derecho de duda en cuanto si puede pensarse que éste ser maligno haya sido en algún momento, por tanto, tendrá un inicio en su concepción, pero no le sería un elogio a nuestro teniente coronel.

Podría existir algún tipo de negación que logre ser entendida en nuestro razonamiento mismo, pero que precisamente esto no se siga en una consecuencia válida y que no le imposibilite el que tampoco no sea. Por el contrario, el concepto de responsabilidad le da esa intersubjetividad que le es propia a los colectivos ya mencionados. Hannah Arendt por eso en sus reflexiones se preguntaba para consigo misma; ante quien se es responsable, a quién se le entregaría cuentas de

nuestros actos, no obstante, nuestra autora se respondía que quizás la responsabilidad era nuestra y con los demás, es decir con los que compartimos un espacio público un lugar en nuestro mundo. La comunidad determinada emprende ciertas responsabilidades como colectivos, Arendt escribía que justamente por la acción de pertenecer a una comunidad en específico le hace responsable de actos no cometidos por ellos, pero que pueden caer en ese peligro de llevar una bandera en su nombre atribuyéndole actos no cometidos y lo más recomendable sería escapar, no pertenecer a ningún colectivo, aislarse en otra vereda como ser refugiado o como pedir un asilo político y en sí, nuestra autora señala que los patriados serían inocentes de cualquier señalamiento y la injusticia de no poder reclamar ningún derecho tanto social como político.

Dentro del entendimiento humano no hay cavidad para la violencia y el terror derivado de una responsiva de la moral y la política entendiéndose que se promociona la barbarie teniendo de maestro a un dictador en potencia. El campo de exterminio generaba la enfermedad ocasionada por los colectivos vinculados a la violencia y el terror que fue uno de los puntos de partida en cuanto a los cimientos nazis y que en investigación de Arendt creía que justamente se le reconocía una suma responsabilidad en cuanto a las complicidades con el mal mismo, y que las responsivas de estos centros de acopio humanitaria de la muerte brindó un triunfo a los regímenes totalitarios que en gran parte logro convocar a las masas en su favor con propaganda participativa donde solo existía una utopía imaginativa. Por ello se consideraría que la maldad como tal ya venía de la concepción de lo que en cuanto se piensa es y por ello existe, es decir que el “mal radical” ya estaba en las maquinas del terror porque su creador ya en su mente estaba el mal concebido y que esto está por encima de cualquier pensamiento, idea, u objeto que esté presente en el entendimiento humano como una realidad, así no podría pensarse algo que fuera superior a él.

### 3.2 Frente a dos Males en el “Ser” Necesario

Reconociendo la existencia del mal desde una concepción existencialista formulada desde el ser mismo y necesario, postula dos perspectivas: el “mal radical” y la “banalidad del mal”. Eichmann en su modo de ver las posturas sigue tratando dentro de su entendimiento lo que para él solo era “un deber”. Desde aquí podemos decir que sus creencias se le pueden vincular a creencias falsas dentro de su realidad pero que le pertenecería al ejercicio del entendimiento expresarlas si se le toman en cuenta dentro del juicio celebrado en Jerusalén o no. No quedaría limitado ningún argumento de Eichmann dentro de su juicio, puesto que como hemos visto en este trabajo de estudio sobre el mal, se señala la concepción de lo maligno desde su inicio en el ser mismo y que arroja partes en el entendimiento humano. Esto lo plasmamos entonces desde la filosofía de la existencia, ya que ambas concepciones del mal se contemplan en su total existencia en los planos que le da el caminar del sentido fatídico y en el mirar de cada testigo en el tribunal del juicio a Eichmann. Nada podrá borrar lo que realmente se entiende respecto a la capacidad de hacer del propio humano con los de su misma especie y que nos conlleva a que tampoco se comprenda del todo la barbarie de una nación que quedó encapsulada en el tiempo sin retorno y difícilmente se podrá probar en la cándida inocencia de nuestro teniente coronel cómo es que a partir del ejercicio del entendimiento se podría comprender el ejercicio de la responsiva del mal, únicamente dando vuelta a la página para exonerar las culpas.

Hannah Arendt ve las cuestiones que desglosan las responsivas fatídicas frente a un mal demandado en la miseria de un país que dejó saber quién era en Europa. Los hilos conductores del argumento responsivo se centran entonces en la justificación moral para evadir las cuestiones que se fueron suscitando en el juicio a Eichmann. Parte justamente de la defensa del acusado fueron esos argumentos donde se le alude la responsabilidad a él en sus actos, el encaje de un sistema del país en cuanto a su ejercicio burocrático, entre otros. Por ende, sus acciones solo fueron de obediencia ante un eco militar que le constituía como parte de su empleo, pero solo eso.

En el empleo casero que Eichmann le daba, este principio era la voluntad del Führer. Gran parte de la horrible y trabajosa perfección en la ejecución de la solución final –una perfección que por lo general el observador considera como típicamente alemana, o bien como obra característica del perfecto burócrata – se debe a la extraña noción, muy difundida en Alemania, de cumplir las leyes no significa únicamente obedecerlas, sino actuar como si uno fuera el autor de las leyes que obedece (Arendt, 2019, p. 201).

Eichmann por su parte niega llevar ejercicio del entendimiento, de aquí que este elemento del mal tenga dos posturas para Hannah Arendt: mal radical y banalidad del mal. El primero como un mal que se extiende en la perversión como una mala voluntad y el segundo como una violencia que no tiene un fin, una irreflexividad en la acción del sujeto. Analizando los conceptos se puede decir que estos males surgen de una experiencia directa en la realidad del sujeto y aunque si está concebida la idea del mal desde el pensamiento esto no querría decir que no le da un lugar en la existencia del ser. Esto no dejaría a un lado las concepciones de mal en la existencia de la realidad que no le esté fuera del ejercicio del entendimiento, pero se da margen para concebir su existencia en términos donde por lo menos el mal está presente en el objetivo del acusado.

Es evidente que en Eichmann hay un trasfondo, pues su defensa buscó evidenciar un contraste entre su concepción del pensamiento de lo maligno dentro de su conciencia, con el discurso planteado por el tribunal, trascendiendo una ligera línea entre la lógica y la concepción temporal de su justificada inocencia ante un juicio dotado de verdugos en su contra y la mira del mundo en su persona. La paciencia en Eichmann durante el interrogatorio sirvió para valorar su capacidad para sostener que él solo cumplió con “su deber”. Los testigos en el tribunal al igual que Arendt no pueden dejar de entender lo que pasa por la mente del acusado. A partir de ello da sus primeros pasos en la concepción de la “banalidad del mal”. Todo lo referente al mal también tiene ese contraste con lo que puede ser y no dentro del pensamiento filosófico existencialista, orillando lo que puede ser impensable para el entendimiento humano, no solo respecto de esa Alemania perdida en la historia de

la filosofía sino en todas las épocas donde el hombre marchitó todo lo que tocó a su paso; es decir el humano en toda la plenitud del mal.

Ni Eichmann podría formular su negación de la existencia de lo maligno en el acto del humano, más lo que pasa en el entendimiento como un ejercicio de la acción misma, aun así, el acusado sigue con afán y esfuerzo su necesidad de negar lo que sucede en su realidad. Por ello nuestra autora deja claro que los sistemas que había en la burocracia dan pie a la escases de reflexión por parte de cada individuo y que los conduce a ciertas estructuras donde el sujeto refleja su acción sin ver su sentido de responsabilidad.

Hannah Arendt dentro de sus reflexiones sobre lo que era el mal ponía como manifiesto que si bien pudiera existir dos tipos de males, cuál fuera su grado y elección, es decir un mal menor o mayor, al final del camino solo se trata del mal, no importa cual vertiente se elija: siempre será el mal. Lo que justamente dejó el totalitarismo era que las sociedades o grupos colectivos eran sus propios cómplices, por lo que no se daban cuenta que entre ellos mismos ejercían la libertad del mal y sin culpa aparente al momento de decidir sobre otro individuo, es decir como la única salida u horizonte como fin.

Sobre los escenarios posibles que se vislumbraron en los regímenes totalitarios y más allá de ellos, eran precisamente los argumentos que evadían la realidad del ejercicio de la responsabilidad y que Arendt lo relacionaba con esa incapacidad de juzgar nuestros actos o acciones y por ende la de los individuos, esa carencia de ejercer el poder de juzgar como una facultad propia y legítima porque para nuestra autora sí debíamos de ejercer esta acción. Posibilitar el esparcimiento de lo maligno y la falta de tolerancia es una cuestión que le afecta al sujeto.

Nuestra politóloga hace un profundo análisis en su obra de Eichmann en Jerusalén planteando que las consecuencias de no ejercer el acto del juicio y el pensamiento daban una advertencia de que la balanza entre lo bueno y lo malo tiene una acción, fuerza, y causa. La relevancia del concepto del juicio Arendt lo pone en análisis a lo cada individuo. Por ello al entrar en este campo nos movemos por lo contingente a partir de ejercer un juicio, esa mediación que le establece en lo universal dentro de

las leyes. La filosofía política es la marea por donde se va moviendo Hannah Arendt, encontrando esa facultad en los andares del juicio, un tipo de ejemplos o modelos para que el ciudadano camine por el juicio político.

Juzgar como un concepto en cada individuo nos da esa capacidad de poder pensar dando ciertos contenidos como: ejercitar el pensamiento propio, examinarse, liberar pre-juicios, cuestionar. El pensamiento como un consecuente, estar en el lugar de otros, etc. Arendt llama a estos conceptos un modo representativo del pensamiento que lo orilla a la acción moral del respeto mutuo.

Y si bien a Eichmann no siempre le gustó cuanto en el partido se vio obligado a hacer (por ejemplo, mandar a la muerte, por ferrocarril, a miles de seres humanos, cuando él hubiera preferido obligarlos a emigrar), {...}, en pocas palabras, incluso si hubiera sabido que toda su vida, con la sola excepción del año vivido en Viena, no sería más que una cadena de frustraciones, Eichmann era incapaz de pensar en la posibilidad de aceptar la otra alternativa. (Arendt, 2019, p. 57)

Eichmann denotaba esa incapacidad de poder pensar en los demás, es un modo de representar el pensamiento político centrándolo en nuestro personaje acusado. Aunado a esto se tiene las armas para sostener el enfrentamiento de nuestras acciones con uno y el individuo, para poder juzgar. Además, en ciertas situaciones extremas de lo que ocurre en los espacios públicos donde la violencia extrema aplasta la pluralidad y se le extingue por completo.

Es así como la actividad de pensar y juzgar se manifiesta en las perspectivas de la pluralidad, aun así, se puede encontrar esa separación de los colectivos que nunca participaron en ser cómplices del mal extremo. Por consiguiente, según Arendt, los individuos que no participaron dentro de la barbarie fueron los únicos que ejercieron el poder de juzgar y pensar por ellos mismos. No obstante, nuestra autora argumenta que entre los sectores de la sociedad europea no era necesario ser personas estudiadas para no saber sobre sus derechos como ciudadanos lo que, por ello, precisamente no se motivaron a ser participativos en la barbarie fue por tener bien cimentados los valores de la moral que va ligada a esa negativa de

cometer una injusticia que dañe al prójimo. Dicho de otro modo, uno no tendría la conciencia tranquila sabiendo que se convertiría en un villano.

Estas determinaciones son las que traería como consecuencia para los individuos la pérdida de su paz, ya que sabrían del carácter estrictamente atroz de la participación en el ambiente totalitario que se estaba viviendo en ese momento. Mientras tanto, la máxima será siempre *ejercer el pensar para ponerse en el lugar del otro*; esto como una exigencia constante para la misma ciudadanía. En otras palabras, se trata de cimentar una democracia sólida. Arendt señalaba que cuando no se dan las condiciones para que se puedan plasmar estos conceptos de pensar y juzgar estaríamos ante una dimensión donde el silencio es el aliado del individuo y sólo la conciencia será para ellos.

### 3.3 La Banalidad del Mal

Dentro de la filosofía de la existencia se pone en tela de juicio la concepción existente del mal, buscando una necesidad absoluta de desglosar el “mal radical” vs. “banalidad del mal”. Dentro de la realidad en Eichmann no se niega la existencia del mal, a pesar de su congelamiento tan frío en el corazón de nuestro teniente coronel ya que él mismo aporta su absoluta ignorancia, ni un solo detalle en él por un entendimiento de lo que ocurrió en las máquinas del terror y de la que Hannah Arendt realizó una detallada investigación en el caso de nuestro acusado. Dentro del pensamiento muy general de este problema, le será considerado cualquier afectación a este ser maligno, que le careciere de una idea pre/concebida como un mal. De esta manera podría tratarse de cualquier objeto existente.

El estudio que se hace en esta investigación queda resuelto al poner en manifiesto la existencia del mal en un hombre, en este caso en Adolf Eichmann. Este sujeto que se le reconoce la existencia del mal dentro de él como lo concebido desde su nacimiento, se le niegue o no, esta idea preestablecida la de un tipo de trascendencia de lo maligno, en una idea que sostenía Arendt para referirse al mal en el ser humano: su famosa frase de “la banalidad del mal”. Y aunque como

humanos todos somos distintos, este estudio sobre el mal quedaría abierto a más de varias respuestas a esta problemática en el sentido de que tan arraigado está el mal entre nosotros, no solo como individuo humano, si no como sociedad entera, y hasta qué punto podemos ejercer nuestra acción no solo en el campo de la política, sino también como mi derecho de existir libremente.

Al manejar la concepción del mal como un argumento existencial y hasta ontológico nos deja en ciertos supuestos en una cronología del saber mismo que motiva a nuestra autora para realizar y ejercer ese derecho de la acción en un acto reflexivo acerca de lo que nos hace en realidad ser seres humanos y que pareciera que vamos como vagabundos en un destino sin millas alrededor. Siguiendo la línea de investigación de este estudio sobre el mal podemos decir entonces que lo que se está en el entendimiento del sujeto es posible que lo que se le piensa existe y es, por ello lo que encarna en Eichmann es real y posible. Si bien es cierto que, no solo la maldad es el daño físico, sino también, se da de otras maneras como el ejercicio que se efectúa en las conductas tales como tareas o labores que evidentemente Eichmann era el encargado de dichas acciones entre otras cosas.

Becher era un comerciante nato, y allí donde Eichmann tan solo veía enormes tareas de organización y administración, Becher vislumbraba casi ilimitadas posibilidades de ganar dinero. El único obstáculo con que tropezaba era la estrechez de miras de criaturas subordinadas cual Eichmann, que tenían el vicio de tomarse en serio el desempeño de sus tareas (Arendt, 2019, p. 209)

En paralelo se sostendría que la existencia del mal está a la par de la mente que contiene un todo que le exhorta en la claridad del pensamiento humano, por ello el ser viviente humano se le da la facultad del raciocinio y por ende capta la idea de entendimiento de lo que puede pensarse, que existe, que es, por lo tanto, el mal es real. La banalidad como un punto para adjetivar los casos donde se presente una violencia extrema le da un giro a toda acción pública consiente e inconscientemente. La extremidad de los actos violentos vividos en los campos nazis fue el parteaguas donde Hannah Arendt observó que lo que se comete en cualquier escenario bélico

nos conduce a violencias que carecen de sentido alguno y por ello Arendt decía que había un tipo de mal extremo que no le daba ninguna explicación para su acción.

Hannah Arendt cuando presenció el juicio en Jerusalén y vio el rostro del hombre de las mil máscaras, no le quedó más que desarticular una a una las facetas de Eichmann en la sala del tribunal, como un búho Arendt observó la escases de una mente suprema en el acusado. Ni si quiera le parecía el demonio en persona, quizás esa fue una de las más grandes decepciones de nuestra autora al comprobar que el terror en persona solo era como un cálido aire de verano. Con adjetivos menores hacia la persona del teniente coronel Arendt redactaba para su artículo del *New Yorker*, que lo único que podrían leer era la descripción de un hombre normal y corriente, que ni siquiera encajaba lo sádico y criminal con su sombra de un hombre de familia.

La maldad se encontraba justo en la acción de lo laboral, es decir el trabajo rutinario, así como en la burocracia; para ellos, el exterminio de miles de personas era un trabajo como cualquier otro. Por eso Hannah Arendt no encontraba esa conexión entre Eichmann y la maquinaria del terror, los crímenes cometidos no le hacían honor en ninguna manera al personaje del gran Adolf Eichmann solo era un guiñapo que quería ser un mal radical, pero paso hacer una banalidad del mal.

¿A qué grado se puede ser terroríficamente normales? Algo que resonaba en la mente de Hannah Arendt era esa cuestión de en qué tipo de nivel se puede tener una máscara puesta y descubrir lo sádico y pervertido en cuerpo y alma que un humano cualquiera puede llegar a ser. Pues pareciera que se le dio una normalidad en la sociedad europea: el ser irresistiblemente normal, una demencia en la cotidianidad del día a día. Según la autora, Eichmann presentaba esa normalidad donde le pareciera que estuviéramos ante un nuevo tipo de criminal de la época moderna y es que se encuentra en un ciclo donde las sociedades de ese momento le brindaron de alguna manera el apoyo mediante la tecnología, ideologías, burocracias, entre otras.

Los campos de concentración tenían una perfecta maquinaria humana a su mando, esto debido a que las planificaciones para las masacres estaban a cargo de gente

especialista, profesionales en varios rubros académicos, sin dejar al azar nada, todo lo que se encaminaba hacia los pasillos del terror eran perfectamente diseñados. Justamente Arendt se percataba que, si bien Eichmann era la estrella del escenario de la barbarie, bien podía haber otros individuos igual o peor que él, pero dejando a lado lo que se pensaba de si en cada rincón del mundo éramos un tipo de Eichmann cosa que la autora no estaba de acuerdo. Por ello lo que se vivió en la sala del juicio daba ese aroma a las condiciones sistemáticas que daba la sociedad de la época y que orillaba a la aparición de un nuevo criminal y lo que Arendt detectaba un tipo de expresión del mal. Es así como por medio de la capacidad de juzgar dentro del espacio público podemos ejercer la acción de pensar y caminar por senderos más seguros.

Hannah Arendt acuñó la palabra “banal” que ha sido motivo de estudio por cuanto a qué términos se refiere, pues bien, en ningún sentido es referido al mal como tal en sí mismo, o que, el daño que despliegue sea sin trascendencia o banal. Aunado a esto y como por un contrario se visualiza un tipo de mal extremo que nos sorprende por su comedimiento. Arendt tenía a la mira la banalidad en Eichmann por ver como en el individuo se comete el hecho, pero no lo manifiesta como un modo de acción y su despliegue de “su normalidad”. Digamos entonces que lo banal es una conducta que no reflexiona y aquí es el ancla para el pensamiento en Hannah Arendt para que centrara su pensamiento en Adolf Eichmann.

En síntesis, la irreflexividad nos da ese marco de que no se puede pensar por sí mismo no reflexiona el acto de sí mismo y por ende no puede pensar por los demás. Eichmann era este tipo de mente donde brillaba un aislamiento con el pensar de los demás, es decir que su realidad no le concebía la presencia de los otros. Nuestra autora da insistencia en este punto de la irreflexividad suponiendo que el mal no actúa por ningún tipo de fenómenos, motivación para la acción, el mal banal no actuaría así, sino, por su misma ausencia. Lo maligno en el sujeto no le era comprendido como lo tradicional que efectúa la violencia masiva o irregular, lo que Arendt comentaba era que un mal intencionado le era incomprensivo, esto porque le daba esa impresión de que cierto hecho lo conducía a la no culpabilidad. Pero el

juicio si demostró en Eichmann ser responsable y culpable y de esto estaba segura Arendt de que él era culpable total. El concepto de la banalidad del mal, abre ciertas vertientes para adquirir esta idea que le atañe a la existencia en el mal y como parte también de un contexto histórico, en el cual esta idea se desenvuelve, por ello en la obra de Eichmann en Jerusalén se le da este rigor a la idea de lo banal y siguiendo una línea argumentativa con “el deber” se le denomina como un hombre “normal” ¿acaso podría refutarse o descalificarse este argumento del buen deber? Quizás no se le debería de descalificar a priori. El sentido de recreación y actualidad que en páginas anteriores mencionábamos que, si se puede pensar, existe y es, con respecto al concepto de maldad no quedaría de lado la reflexión filosófica acerca de cualquier concepto en una determinada época histórica.

Desde la filosofía de la existencia puede tener ciertas consecuencias directas de este estudio que realizamos sobre el mal, esto porque sobrepasa nuestro nivel de comprensión a una mera exposición de su argumento en una actualidad donde existen posibilidades de que los argumentos se relacionen con otros conceptos filosóficos. La obra de Hannah Arendt en definitiva es una lectura esencial de la filosofía para la comprensión y apreciación de las perspectivas del totalitarismo, la condición humana, el estudio del ser, etc. No solo en un contexto histórico podríamos poner los conceptos existenciales del “mal radical y “banalidad del mal” y llevarlos a las ideas de una perfección ontológica, sino también desde el existencialismo. Este estudio sobre la banalidad del mal puede darnos notas en cada giro que se le pretenda dar desde varias perspectivas y contextos, dando que este tema se siga revitalizando y cuestionándose sobre el sentido y esa posibilidad que se le toma en un concepto de perfección en el mal. Sobre esferas públicas se pone en juego esta nueva forma de maldad o de “nuevo criminal” en una posibilidad de concebir la perfección, la realidad, y que a partir de esta nueva normalidad de mal nos conduzca a una nueva ética. Un enfoque ético, que proponga valores que sean adecuados para su propia autonomía del individuo ante la malicia de su creador.

Entre el siglo XX al XXI tiene esa peculiaridad de que se está en un espacio de tiempo que ha tenido crisis de pensamiento, donde el sujeto se encuentra desquebrajado, cortado con un bisturí existencial, intimar en el sentido de hacerle saber ciertas cosas dentro de una autoridad pública, se le ha integrado con conjuntos previos dentro de un concepto histórico del cual no se puede poner en duda, pero de antemano se le ofrece ciertas posibilidades de creación existencial. Así estas capas que se les presentan a los individuos le dan un sentido para la realización en plena plenitud como seres humanos y como una condición humana que le permita hacer frente a la razón instrumental, que ciertamente le da al sujeto posmoderno contra sí mismo. En efecto, es así como la actualidad de todo lo que pueda pensarse es y existe, enteramente dentro de una situación de la filosofía de la existencia.

En cambio, la noción de “la banalidad del mal” es producto del esfuerzo de Arendt por comprender las motivaciones que llevaron a Eichmann a convertirse en un agente criminal. “La banalidad del mal” no es “una expresión que se refiera a los actos de Eichmann. No había nada de banal en tales actos. La “banalidad del mal” se refiere más bien a sus motivos e intenciones” (Bernstein, 2007:58). Al menos en un punto, entonces, Arendt parece haber modificado su opinión sobre la naturaleza del mal en los totalitarismos. Si en Los orígenes del totalitarismo este mal era causado por motivaciones humanamente incomprensibles, en Eichmann en Jerusalén, Arendt pone de manifiesto que, más que incomprensibles, las intenciones de los genocidas pueden ser superficiales. Sin embargo, el “mal radical” pone de manifiesto, en primera instancia, una cara del proceso de deshumanización de los totalitarismos: la aniquilación de la condición humana de las víctimas, mientras la “banalidad del mal” revela, en segunda instancia, a partir del caso concreto de Eichmann, el envés de dicho proceso de deshumanización que ejerce el totalitarismo en los ciudadanos al pervertir sus capacidades para pensar y juzgar. Por todas estas razones, tanto el “mal radical” como la “banalidad del mal”, constituyen las dos caras del horror de los regímenes totalitarios. (Jerónimo y Leal, 2013, p. 125).

## CONCLUSIONES

El objetivo que me tracé en el desarrollo de esta tesis ha sido analizar el problema de la banalidad del mal desde la perspectiva de Hannah Arendt planteada principalmente en su libro *Eichmann en Jerusalén*. Para ello desarrollé tres capítulos: 1) La deconstrucción de Hannah Arendt, donde abordé en qué consiste el ejercicio del Mal en relación con la pasión del antisemitismo y el monstruoso caso de Eichmann. 2) Dios te salve María... el señor no está contigo, donde desarrollé la dimensión existencial de la banalidad del mal ejemplificada en el totalitarismo, el mal radical y la insistencia de Arendt sobre la importancia de estudiarlo para comprenderlo mejor. 3) La banalidad del mal, donde analicé específicamente los secretos en la ide del mal, en relación con los dos males en el ser necesario (el mal radical y la banalidad del mal) para centrarme finalmente y con base en todo lo anterior en la concepción arendtiana de la banalidad del mal.

Con base en todo ello llegué a la conclusión de que el estudio que realiza Hannah Arendt respecto del mal, nos muestra que este se da necesariamente en dos facetas al menos: “el mal radical” y “la banalidad del mal”. En lo que al primero respecta tenemos la manifestación más cruda y feroz de este, donde se pueden agrupar a aquellos individuos cuya psicometría nos habla de perfiles realmente patológicos, capaces de las aberraciones más desdeñables de las cuales la humanidad haya tenido noticia. Y por lo que al segundo respecta, se trata nada menos de aquellos individuos que, sumidos en la irremediable y asfixiante normalidad, carecen del ejercicio de la capacidad humana más elemental, el pensamiento crítico, y, por lo tanto, son capaces de colaborar sumisamente, es decir, con una obediencia impecable para la ejecución y materialización de los planes más macabros y aterradores encomendados nada menos que por el mal radical. En ese sentido, la conclusión a la que llega la autora y con la cual estoy de acuerdo, es que el mal sí existe y está presente en la humanidad, en sus acciones cotidianas de todas las formas y niveles posibles. Sin embargo, es mediante el ejercicio del pensamiento crítico o filosófico que se puede hacer frente a ello, pues así se puede ponderar racionalmente lo que está bien y lo que está mal, juzgando con mayor objetividad la

acción pública todo aquello que acontece alrededor, así como aquellas prácticas que nos involucran directamente en nuestro estar en el mundo. Se trata, pues, de hacer un uso del pensamiento activo, para una vida activa que se desarrolle justamente en favor de la humanidad y no para destruirla.

Cabe destacar que el contexto mismo del juicio de Eichmann representa un tema ético muy interesante porque, si bien el juicio como tal constituyó un acto de total legalidad, la forma en la cual se sustraído (no extraditado) del lugar donde se refugiaba este personaje, Argentina, fue ilegal (Wieviorka; Lindeperg, 2021, p. 21). Básicamente fue una operación realizada totalmente al margen de las autoridades argentinas, violando totalmente la jurisdicción de ese país. En ese sentido me parece que este es un caso interesante que nos puede llevar a reflexionar el siguiente punto: acaso un fin buen (llevar a juicio a Eichmann por sus crímenes contra la humanidad) justifica el hacer uso de medios malos (violiar el marco jurídico y la soberanía de un país para sustraerlo de sus dominios). Sin duda se trata de un problema ético que quizás podremos abordar con mayor profundidad en otro momento.

Ahora bien, ante un problema existencial e, incluso ontológico, como lo es el problema de la banalidad del mal que Hanna Arendt ha encontrado en Eichmann como su representación más atroz, cualquier ser humano podría pensar en cómo algo tan radicalmente cruel como lo fue el holocausto, puede estar vinculado con su contexto inmediato. Es decir, podemos pensar en que algo así como la banalidad del mal acontezca aquí en nuestro país, sea en igual, menor o mayor medida. ¿Qué relación puede tener el holocausto con el contexto mexicano contemporáneo? Para ello, considero que hay algunos puntos que pueden ser interesantes. Por ejemplo: la relación entre la banalidad del mal y el narcotráfico; pues en ambos casos existe una anulación de la humanidad del otro, realmente atroz. ¿Acaso, en términos de genocidio como resultado de la atrocidad a la que lleva la banalización del mal no se ha manifestado o se está manifestando también en nuestro contexto inmediato de guerra contra el narcotráfico y entre distintas facciones del crimen organizado? No obstante, responder a estos cuestionamientos y profundizar al respecto excede

las pretensiones de esta tesis y valga por ahora su señalamiento para ubicar una posible vía de investigación en futuros proyectos académicos.

Con todo, la labor que constituye esta tesis acerca de lo atroz en Hanna Arendt a partir de su obra *Eichmann en Jerusalén* como un acercamiento al problema de la banalidad del mal, ha arrojado resultados interesantes que pueden orientar al lector a manera de una especie de instrucción al pensamiento en general de la autora y sus inquietudes por ahondar en la condición humana para comprender aquellas características constitutivas de su ser. Finalmente, esto es una propuesta para comenzar a dialogar con una autora que justamente es ejemplo de interpelación, diálogo y discusión como su tiempo, con la crudeza de las circunstancias reales, pidiendo cuentas acerca de las supuestas razones que pretendían justificar actos tan atroces, que son impensables más allá de una manifestación radical de la maldad, llevada a un plano tan impersonal, frío y ciego donde no tiene cabida el juicio propio sino la mera obediencia reacia a ordenes que a todas luces constituyen un atentado contra la humanidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arendt, H. (2001). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Arendt, H. (2002). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Arendt, H. (2007). *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós.

Arendt, H. (2009). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Editorial Debolsillo.

Cano Cabildo, S. (2004). "Sentido arentiano de la banalidad del mal". *Horizonte, Belo Horizonte* 3(5), pp. 101-130.

Jerade Dana, M. (2015). "Nacionalismo y antisemitismo Hannah Arendt sobre la cuestión judía y el Estado nación". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* LX(225), pp. 341-368.

Jerónimo Botero, A., y Leal Granobles, Y. (2013). "El mal radical y la banalidad del mal: las dos caras del horror de los regímenes totalitarios desde la perspectiva de Hannah Arendt". *Universitas Philosophica* 60(90), 99-126.

Meléndez Gutiérrez, S. (2019). *Kant y Eichmann: la ética ante un Estado criminal*. 17, Instituto de Estudios Críticos. Versión en línea. Disponible en: <https://17edu.org/kant-y-eichmann-la-etica-ante-un-estado-criminal/>

Wieviorka, A., Lindeperg, S. (2021). *El momento Eichmann*, Buenos Aires: El Ateneo.